MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

Torotumbo

UNO 3
DOS 9
TRES 12
CUATRO 15
CINCO 17
SEIS 24

UNO

Ni los rumiantes ecos del retumbo frente a volcanes de crestería azafranada, ni el chasquido de la honda del huracán, señor del ímpetu, con las venas de fuera como todos los cazadores de águilas, ni el consentirse de las rocas, preñadas durante la tempestad, al partir piedras de rayo, ni el gemir de los ríos al salirse de cauce, oleosos, matricidas, nada comparable al grito de una pequeña porción de hueso y carne con pie! humana frente al Diablo colgado de la nuca, de la enorme nuca, orejón, mofletudo, lustroso, los ojos encartuchados y saltándole de la boca de túnel dos dientes ferroviarios, blancos dientes de los ferrocarriles de la luna. Natividad Quintuche, criatura de siete años, morenita, pelo negro en trenzas de mujer, cerró los ojos al tiempo de gritar, perdida al fondo de un caserón y amenazada por el Diablo.

Mientras su tata Sabino Quintuche y su padrino Melchor Natayá, cerraban el trato interminable del alquiler de los disfraces, arreos, máscaras, armas y adornos necesarios en los convites, bailes y ceremonias de la «Fiesta de Morenos», con un vejantón escurridizo, color de leche seca, vestido de negro ya vinagre, injertado con un salto de párpado, tic nervioso que involuntariamente le vestía y desnudaba el ojo zurdo, la pequeña Natividad Quintuche, sobandito los pies descalzos en los ladrillos, se deslizó a lo largo de una galería, ancho corredor cubierto del lado del patio, curioseando las flores de papel de plata, las hojas de trapo almidonado, las alas de hojalata de los ángeles, las palomas de cera y algodón, los candelabros, atriles, palmas de mártires, arcas, candeleros, santos envueltos en sábanas, ovejas de madera, vírgenes en nagüillas, todo oloroso a humedad e incienso, sin saber que en terminando aquel amago de cielo, se encontraría al Diablo.

Verlo, querer echar atrás, apenas resistía la atracción del inmenso muñeco que colgaba del techo, y gritar, todo uno sintió ella, pero no fue así, gritó cuando ya no estaban su padre ni su padrino y nadie le respondió... ni el Diablo, ni las máscaras de moros con bigotes de fuego, ni los mascarones de castellanos de ojos celestes y lingotes de oro rizado en barbas y melenas, ni las esculturas de ángeles adoradores de pintadas risas en las rinconeras de los labios, ni las efigies de soldados romanos con la crueldad del alma en el cartón, ni las máscaras naranjas de los brujos, ni las acuosas penumbras rociadas por llamitas de fósforos con mirada animal, tanta araña escondían, polvo y oscuridad irrespirables, removidas a golpe seco por las aletas de su nariz que abría y cerraba al faltarle el aliento, estrangulársele el grito y quedar convulsa, asfixiada, los ojos de par en par abiertos, tanteando fondo en el hueco del silencio en que sentía más cerca de su piel, los ojos de las máscaras, fijos, fríos, condenados a cristal perpetuo, las manos fofas, enguantadas en dedos de trapo rosa, de los Gigantes del Corpus, los menos rodeados de pelos por todos lados, las brujas uñudas con arrugas de tabaco tostado y, ya para agarrarla, fantasmas surgidos de vestimentas anegadas en sal negra, sal viuda del mar muerto como la sal con agua que le bajaba por la carita. Gritó, gritó más fuerte, más desesperadamente, aislarse, cegarse, ensordecerse, no sentir cerca los dientes, los ojos, las garras que lo rodeaban, alejarse con sus chillidos, bien que siguiera clavada en el suelo frente al Diablo, gafa, oreándose sus primeras aguas menores y ya otras inundándola, cada vez más áfona, más sorda, más ciega, pero sin dejar de gritar. Mientras tuviera alientos y su padre y su padrino pudieran llegar en su auxilio, aquel borbotón de sus pulmones la salvaba de caer en manos de monstruos y enmascarados y de que la engullera, al quedar callada, el Diablo colgado frente a ella.

A sus gritos, botines rechinantes, manos lejos de las bocamangas, como si le hubieran crecido los brazos en el acudir, vino el señor que trataba con su padre y su padrino, a ver qué era aquel escándalo en su negocio, antesala de todas las solemnidades y, por lo tanto, digno del mayor respeto, y tan fuera de sí venía que no encontraba a quién estaban matando como en la Degollación de Herodes. Mas, a la vista de la pequeña, se calmó, deshizo los siete clavos de su entrecejo —molestia, desagrado, disgusto, enojo, bravencia, cólera, rabia—, y hasta llegó a sonreír, contento del hallazgo, ante la pequeña Natividad Quintuche que vestía como

una mujercita hecha y derecha.

—Estanislado me llamo... —se acercó a decirla, hablándole como a un fetiche, con la voz apagada, casi sin sonido, y la tiró de la manecita para verla de cerca; qué sensación horrible de sus dedos prensiles, qué teclear el de su ojo chospante—. Estanislado me llamo... —la repitió, la había tomado del bracito y regaba sus pupilas de vidrio molido sobre aquel ser indefenso que a sollozos y tragos de lengua sin saliva, se pasaba el bocado del susto, sin que le volviera el alma al cuerpo. Era una mujercita en miniatura: sus trenzas, sus aretes, sus zoguillas, su calor de aceite tibio.

Se acuclilló para levantarse con ella en los brazos, apretujada la carita contra su mejilla quemante por la ortiga de la barba, apremio que hizo patalear a la pequeña que ya no sabía si aquel hombre era el alquilador de disfraces o uno de los muñecos que se la apropiaba para arrastrarla a una cueva y comérsela asada, si no la devoraba en seguida allí con todo y trapos.

Bajo su boca de viejo quedó la boquita de Natividad Quintuche. La quemazón de los hemorroides lo excitaba hasta hacerlo sudar fuego. La besuqueó las orejas, la lengüeteó la nuca, oliéndola como si ya se la fuera a comer, sin dejar de chistarle su gana de casto, de solterón, de híbrido.

Los ojos de la pequeña se abrieron inmensos, al sentir que se la llevaba, pero sólo se desvió hacia un rincón oscuro en busca de un banco, en el que medio se sentó, así se sentaba siempre a causa de su enfermedad, apoyándosela en las rodillas sacudidas por un temblor de hilos de hamaca. Ahora ya la mordía, ya se la empezaba a comer, no sin hurgarle las pernecitas bajo la ropa, como si tanteara empezar a devorarla por allí. Natividad Quintuche no dudó que se la iba a comer viva cuando luchando por deshacerse de sus brazos quedó una de sus manecitas en el socabón de su boca, y éste empezó como a mascársela. Gritó. Su única defensa. Gritó llamando a su padre y a su padrino. Un golpe y la amenaza de otros golpes la hicieron callar, hipaba, moqueaba, le dolían los dedos de aquel hombre andándole en el pechito desnudo, sin encontrar lo que buscaba. La pellizcó. La pellizcó más fuerte. Hubiera querido levantarle la piel y formarle los senos a pellizcos. Los senos. Unos senos duros. Pero ya sus manos huían de aquel pechito plano de criatura a refugiarse en el sexo sin vello, meado, caliente olor a orín que le quemó las narices con una llamarada de espinas secas, hasta hacerle latir más fuerte y más aprisa el corazón y volcarse en la complacencia de un remedo de viaje medido con los nudos de su respiración. Se desabrochó el chaleco para no ahogarse, esa insípida bragueta del sentimiento, y siguió desabrochándose, como si el chaleco se comunicara con el pantalón, mientras de la pequeña no quedaba sino la masa inconsciente de una mujercita con las trenzas deshechas y las ropas desgajadas. Una sombra avanzó maullante. Se hizo de lo primero que encontró a mano, una gubia, y la lanzó contra el animal. Pero éste esquivó el golpe. Algún gato de la vecindad que desapareció sin ruido por un acolchado de cortinas y tarlatanas, igual que la sombra de un mal pensamiento que al deslizarse por aquella superficie de fingidas nubes, le hizo visible el mullido lecho adonde se lanzó con la niña, salivoso, palpitante, apoyado en las rodillas y los codos para no aplastar el cuerpecito perdido *y* encontrado, perdido *y* encontrado bajo los bruscos movimientos de su cuerpo, el sudor en los ojos, el pelo en la cara, los dientes en tas-tas de tullido que se muerde, que se queja, que patalea y queda exangüe, las piernas tatuadas de varices fuera de los pantalones, el corbatón negro en la nuca, las mangas de la camisa impidiéndole usar las manos para levantarse y el vertiginoso parpadeo de su ojo zurdo comunicando vida de cinematógrafo a las cosas inmóviles, al Diablo, a los mascarones... pero ya, ya le andaba por el cuerpo la pulsación de su reloj, el reloj de todos los días, el reloj de todas las horas seguía en su chaleco, fiel como un perro encadenado con cadena de oro. Nada. No le había pasado nada. Intacto. Andando. Oyó golpes en la puerta de la calle. Llamaban. A los aldabonazos se dio cuenta del cuerpecito triturado, sangrante, adherido a él en crispación de muerte. Todo volvía a ser tangible, sólido hasta los toquidos. Se deslizó hacia la puerta para espiar por el ojo de la llave quién llamaba con tanto apremio, y se encontró con el padre y el padrino de Natividad Quintuche. Se lamentaban de haber perdido a la pequeñita. No sabían dónde. La

capital es tan grande. Tocaron de nuevo y volvieron a tocar, cada vez más fuerte y con más apremio. Una vecina salió a la ventana de la casa de enfrente y les dijo de mal modo que no insistieran en sus toquidotes, porque el señor no estaba, ella lo había visto salir y que si querían hablar con él se sentaran en la grada del andén a esperarlo.

Al oír decir que había salido y que no estaba en su casa, el señor Estanislado se fue despegando de la puerta, poquito a poco, sin hacer ruido, y no respiró sino hasta sentirse seguro entre los disfraces buscando el más espantoso, un Diablo que parecía de carne cruda. Lo descolgó y echó sobre el cuerpecito inanimado. El mismo Diablo que asustó a la indiecita, cubría ahora la total palidez de sus orejitas adornadas con cuartillos de plata, el pechito desnudo con los restos de sus sartales de cuentas de vidrio y unos como dijes de jade color de perejil atados a sus mínimas muñecas sucias de sangre y sus trapitos empapados en agua de remolacha.

Precipitadamente se volvió a su cuarto. Poner orden en su persona era lo primero. En uno de los cajones, al cerrarlo, buscando ropa, se prensó una mano. Por poco se quiebra los dedos que se llevó instintivamente a la boca para chuparse el dolor. Conservaba en las uñas el olor de la pequeña. Sin zapatos, en medias para no hacer ruido, volvió de nuevo hasta la puerta. Miró por el ojo de la llave y allí estaban los compadres esperándolo, inmóviles, silenciosos, con los enormes bultos de las cosas que le habían alquilado. Por poco estornuda. Casi estornudó. Tuvo que llevarse la mano a la nariz, apretársela con todo y la boca y correr al cuarto. Eso le 'pasaba por andar sin zapatos. Se podía resfriar y los resfríos son las puertas de las pulmonías. Se dejó la camisa. Después de un estornudo es malo darse aire. Y sólo tenía unos abollones en la pechera almidonada. ¿Temor? ¿A quién podía temer él? Siguió cepillándose la ropa. Dueño absoluto de su casa, recinto sagrado, propiedad inviolable, si no quería no abría, aunque botaran la puerta a toquidos, y si se le daba la gana cavaba un agujero en el patio, no más grande que el indispensable para transplantar un rosal, enterraba a la pequeña, y les informaba a los compadres que allí en su casa no se había quedado, que la fueran a buscar a otra parte... Y más aún, si le daba la gana, cavada la sepultura, podía enterrarla vestida de Rey, de Arcángel, de General, de Obispo, que para eso disponía de los disfraces de todos los personajes que puedan echar tierra y olvido sobre sus víctimas, sin dejar de ser personajes, y... y... y... para eso... ni en pensamiento decirlo... oyen los huesos... y los huesos hacen ruidos que son su forma de relacionarse con otras personas... los que se aman, los que se odian, cuando están cerca, se habla, con las articulaciones... sí... sí... ni en pensamiento decirlo, para que no lo oyeran sus huesos, pero entonces, cómo pensar, sin pensar, que era miembro del «Comité de Defensa contra el Comunismo», y que esto lo ponía a cubierto de cualquier investigación de la Policía en su casa.

Recogió el sombrero y el bastón de la percha y a no perder tiempo, a salvarse por el camino que le dio la vecinita cuando informó a los compadres que seguían allí sentados, inmóviles, silenciosos, junto a los grandes bultos de cosas alquiladas para la fiesta patronal, que el señor no estaba, que ella lo bahía visto salir.

Atrás de su casa, cruzando un patiecito, se alzaba una pared (le poca altura que caía a una hortaliza sembrada e terrenos que daban a las faldas del cerro del Carmen, predios anegadizos y con un turbio olor a aguas negras. La escaló, contando no ser visto por el propietario de la hortaliza, un italiano que a esa hora dormiría la siesta a pierna suelta, y fue a salir por detrás del templo de la Candelaria, de donde enfiló por la calle de su casa, igual que si volviera de hacer algún mandadito. Saludaba a vecinos, artesanía, vicio y harapo, que otras veces ni se dignaba alzar a ver. Convenía que se dieran cuenta de su regreso a casa. Divisó las formas blancas de los compadres frente a su puerta y estuvo a punto de volverse, de salir corriendo, asaltado por un malestar físico, ahogo, sudor, mareo. Se sobrepuso. Apretó sus hemorroides de higo. Lo único que le saltaba independiente, era el párpado. Cualquier debilidad de su carne, un soldado lo que más necesita es presencia de ánimo, perjudicaría grandemente la causa del «Comité de Defensa contra el Comunismo», del cual formaba parte, y aunque ninguno lo supiera ni lo sospechase siquiera, a la hora de un escándalo judicial por

infanticidio, violación y estupro, podía revelarse aquel dato en desmedro del más alto tribunal de la república, defensa y amparo de la Patria, Familia y la Santa Religión. Se sobrepuso y lo serenó la actitud de los compadres que se acercaban a saludarlo con el sombrero en la mano, baja la cabeza, comunicándole la pena de haber extraviado en algún lugar, no sabían dónde, a la pequeña Natividad Quintuche. Venían a preguntarle si por un favor de Dios no se había quedado allí en su casa, que se hubiera dormido mientras trataban el alquiler tic todo lo que iba en los dos bultos que los acompañaban.

—Ya la buscamos en la cometerla donde mercamos los cohetes y las bombas para la fiesta —dijo Melchor Natayá, el padrino.

—Y en el depósito donde dejamos pago el aguardiente y la cerveza —agregó con la voz baja y ansiosa el padre, Sabino Quintuche.

—Tampoco la hallamos donde el Maistro de Capilla que nos va a poner la orquesta —suspiró al decir Natayá.

—Ni en la cerería donde compramos las ceras blancas para el altar —se oyó la voz afligida de Quintuche.

El señor Estanislado les dijo, ya con la llave de la puerta en la mano, disponiéndose a abrir:

—No sabría contestarles si se quedó aquí encerrada, porque saliendo ustedes y saliendo yo. Ah, pero si se quedó aquí en mi casa tengan la certeza que no le ha pasado nada. Por de pronto, nadie pudo entrar ni salir en mi ausencia, pues sólo yo tengo llave... —e hizo girar en la cerradura una verdadera herramienta y con la rodilla, aún la tenía adolorida, empujó la pesada hoja de la puerta de cedro.

—Pasen.., pasen... —les franqueó el umbral hablando en voz alta a fin de que los vecinos, que estarían espiando tras las puertas y ventanas, se dieran cuenta que volvía de la calle, y ya adentro, cerrada la puerta, bajó la voz al hacer esta reflexión—: Me temo que no se haya quedado aquí, ya estaría gritando, no es para menos una criaturita sola encerrada en un caserón entre tanto horrible disfraz, horribles de verdad, porque aunque los hay muy bellos, los humanos que por naturaleza somos mal inclinados nos dejamos ganar por lo deforme, por los cuernos y colmillos de los demonios, las feroces y lascivas máscaras de los moros, y las risotadas mudas de los esqueletos que alquilo para las procesiones de Viernes Santo.

—Sólo que tal vez se haya quedado dormida... —sonajeó la voz esperanzada de Quintuche, sin más apoyo en su desconsuelo y aflicción que la cara del compadre que participaba de la misma creencia: tal vez se quedó dormida...

—Dormida... —se repitió mentalmente don Estanislado; le pesaban los pies, se le paraba la sangre, mientras les decía amablemente—: Pasen, pasen, busquen, por mí no se detengan, yo me voy a lavar las manos, siempre que vengo de la calle... (por poco dice del «Comité», tan ofuscado estaba), hago como Poncio Pilatos...

Los compadres se quedaron mirando sin comprender, Sabino Quintuche con la cara arrugada como pepita de durazno, el pelo lacio, los ojos de chino, y Natayá, más joven, ambos vestidos de blanco, pantalón y camisola, los sombreros de hilama también blanca, en los dedos largos y delgados, y buen cuidado tuvo aquél de dirigirse hacia su cuarto, al lado contrario del lugar en que yacía el cuerpecito violado de Natividad Quintuche bajo el Diablo de Carne Cruda.

Todavía se volvió a señalarles el camino con ademanes corteses:

—¡Vayan! ¡Vayan por esa galería! ¡Registren bien... háganme el favor, tal vez se durmió, tal vez se durmió por allí!

Quintuche adelantóse seguido de su compadre. Procuraban no turbar el silencio de tantas cosas de su creencia allí guardadas: soles, lunas, estrellas, de su creencia de antes y de su creencia de ahora: cruces, espinas, puñales, acobardados por el temor de todo lo que aquel mundo de artificiosidades se prestaba a la brujería, y por darse ánimo hablaron:

—Si no está aquí hay que dar parte a la Policía, no sea que le haya pasado algo... —dijo el padrino.

—El amuleto de jade perejil, que llevaba en las muñequitas, me está llamando aquí —contestó Quintuche, y luego con la voz más apagada amalayó—: No sé por qué la trajimos, por qué no la dejamos con su nana...

Iban entre objetos de guerra: espadas, armaduras, lanzas, arcos, flechas, tambores, penachos de plumas verdes, corseletes, broqueles, yelmos, lorigas, orejeras con cascabeles, pelucas de largos bucles rojos y rubios, calzones de terciopelo, sombreros de tres picos, chaquetas con flecos y cordones dorados, todo lo del «Baile de la Conquista».

De un lado a otro iban los compadres buscando. No les alcanzaban los ojos para ver tanta preciosidad: casacas de zagales, coronas, mantos y cetros de Reyes Magos, cayados y sombreritos de pastores, un jumento de rígidas orejas que en la Huida de Egipto era mula y el Domingo de Ramos, asna, y la cabezota de un decapitado que su propia sangre en borbotón de lacre pegaba a un plato de cartón plateado, aparecido que los empujó hacia una claraboya por un encallejonamiento en que el grito se ahogó en sus gargantas, agarrado uno del otro para sostenerse ante el despojo ensangrentado de Natividad Quintuche cubierta por un enorme demonio.

—¡El Diablo! ¡El Diablo...! —se volvieron gritando—. ¡El Diablo! ¡El Diablo! ¡El Diablo!

El señor Estanislado se resistía a acompañarlos, pidiendo que le explicaran qué era lo que ocurría, pero no había palabras y sin más explicación que la prisa por salvar el cadavercito, lo arrastraron de los brazos hasta el rincón en que yacía la infeliz criatura.

El alquilador de disfraces bascoso, sudoriento, se cubrió la cara con las manos convulsas.

—¡No quiero ver! ¡No quiero ver...! —barbulló—. ¡Los únicos responsables son ustedes, desdichados! ¡Qué clase de padre! ¡Qué clase de padrino! ¡Borrachos..., desde que vinieron la primera vez les sentí el aliento aguardentoso... muy lindo, muy lindo lo que han hecho, arruinarme el negocio, porque ustedes se van a ir a la cárcel, pero yo, yo voy a quedar con el baldón de que en mi casa el demonio haya violado a una virgen!

Y mientras vociferaba alzó de sobre el cuerpo de la mujercita el enorme disfraz de Carne Cruda, con los cuernos amarillos, los ojos verdes, los colmillos blancos, rieles de los ferrocarriles de la luna, la cola y la pelambre grifas, como si la hubiera poseído.

—A estos condenados demonios —explicó pulsándolo— sólo se les puede tener en paz rellenándolos de arena, y ni así se logra... Ayúdenme a cargarlo y verán lo que pesa —los compadres se retiraron horrorizados—, arrobas, quintales... A los ángeles y a otros inofensivos seres celestiales se les rellena de aserrín, paja, hoja de trébol o plumas como las almohadas, pero a estos demonios, diablos y satanes, arena y más arena para que no se muevan, pero, qué, se sigue moviendo como el mar que es un demonio entre la arena, y ya ven lo que pasa... ¿Qué va a ser de ustedes? ¿Qué va a ser de mí...? Bueno, ustedes se van a la cárcel, pero yo voy a perder mi negocio...

»Se dan cuenta... mi negocio... cuando salga en el periódico, cuando diga la radio que en mi casa el Diablo violó a la pequeña Natividad Quintuche...

Los indios recogieron los despojos de la mujercita con la intención de marcharse en seguida, de salir corriendo antes que el Diablo les fuera a arrebatar el cadavercito.

—¿Qué van a hacer con ella...? —les gritó el señor Estanislado desesperado del silencio impenetrable de los compadres que ante sus exclamaciones no hacían sino callar.

—La vamos a llevar...

—Si, ya s6 que se la van a llevar, pero lo que les pregunto es que vana hacer con ella...

—A enterrarla... está muerta... a enterrarla en el pueblo... —contestó el padre, casi sin mover los labios, chagüitosos los ojos de lágrimas.

—¿Y qué van a decir?

—Nada, pues, vamos a decir... que se murió no más...

—Bueno, bueno... —repuso el alquilador de disfraces frotándose las manos—, así me gusta, bien pensado, enterrarla calladita la boca, pues en estos casos lo mejor es evitar... la entierran y nadie sabrá, menos por mí, que por descuido de ustedes esa criatura fue violada

por el Diablo en mi casa... ni ustedes se van a la cárcel ni yo me desacredito... Pero esperen, espérense, voy a devolverles el tanto que me pagaron por el alquiler de lo que llevan para la fiesta patronal, y así algo se ayudarán en los gastos de velorio.

—¡Dios se lo pague tu buen corazón, señor Estanislado! —corearon los compadres y Melchor Natayá, el padrino de la pequeña, recibió en sus manos el dinero, por ser él quien corría con los gastos del mortuorio.

En la túnica de un ángel color de plata celeste, sacada de uno de los bultos que cargaban, envolvieron el cuerpecito de Natividad Quintuche que empezaba a perder su rigidez y lo agregaron, como sobornal, a la carga que el padre echó a su espalda. El compadre salió siguiéndolo con el fardo de candeleros de plata y cortinas con flecos de canutillos de papel dorado. Uno tras otro hasta la puerta y de la puerta uno tras otro, sin despedirse del señor Estanislado, temerosos de que éste, al verlos fuera de su casa, los mandara presos. Huían por la acera, echados hacia la pared en busca de protección, mas al escuchar el golpe de la puerta que el alquilador de disfraces cerró con fuerza, se tiraron al medio de la calle para correr más a prisa, silenciosos, asustados, como pájaros grandes con guarachas.

DOS

Una voz retumbó dentro de la casa. Venía del fondo del patio, de detrás de la tapia por donde saltó a la hortaliza para salir a la calle y hacer creer a los compadres que volvía de hacer un mandado. Diríase que el Benujón Tizonelli había esperado para llamarlo con aquel vozarrón de trueno, el momento en que cerraba la puerta, satisfecho de lo bien que había salido del mal paso, con el perfecto ardid del disfraz de Carne Cruda echado sobre el cuerpecito de Natividad Quintuche. Inoportuno. ¿Qué le importa a él que en su casa hubiera ratas? Porque a eso vendría, con la noticia de algún nuevo raticida.

Mas, el italiano, esta vez no se contentó con llamarlo y hablarle desde su hortaliza asomado al caballete. Había saltado y estaba dentro de su casa, pisoteando las alfombras de su sala con sus botas de hortalicero sucias de barro y excremento de vaca, de ese con que abonan las verduras. El señor Estanislado se precipitó a su encuentro indignadísimo, dispuesto a ponerlo de patitas en sus lechugas, rábanos y coles, pero fue recibido por dos pupilas frías, no más grandes que dos perdigones de escopeta, redondo plomo verdoso, una sonrisa burlona y un silencio que aquél cortó con el índice para señalarle algunas pringas de sangre en el pantalón.

El alquilador de disfraces no se amilanó, un trago de saliva y a quejarse de su molesta enfermedad, casi vergonzosa, seguro de que esta vez el italiano no venía a hablarle de raticidas, sino de algún remedio infalible contra las almorranas.

—Sigo mal, sigo mal... —lamentóse moviendo la cabeza de un lado a otro.

—No creo, don Estanislado Tamagás —le cortó el italiano—, ni creo en este mamarracho de *diabolo* que su merced echó sobre el cuerpo de la pobre *bambina* por dar satisfacción a sus atrasos sexuales *bestiale!, criminale!, frenético!... —y* una lluvia cerrada de cargos y denuestos siguió al anonadado alquilador de disfraces, que, perdido el color, sentía que iba a perder el resuello, la cara amparada en sus manos crispadas de miedo por el tic de su p párpado que le saltaba como el moribundo corazón de la pequeña.

—*Ma,* no es cuestión de ponerse en ese estado sólo porque yo lo vi, don Estanislado Tamagás, cuando podemos llegar a un acuerdo...

—¿Dinero...? —preguntó don Estanislado, presa de pánico, quién sabe qué cantidad iba a exigir aquel maldito energúmeno.

—¡No, por Dios, guárdese su dinero!

—¿Y qué, entonces... la casa?

—¡Guárdese su porquería de casa manchada de sangre inocente!

—Entonces, ¿qué es lo que pides...?

—Mucho menos, don Estanislado, una cosa simple... —dejó asomar un hilo de risa entre sus labios y añadió parsimoniosamente—: Una cosa que tiene que ver con su persona, que le toca expresamente...

—¿Que reza conmigo?

—Sí, con su merced, una cosa que usted es y sólo usted lo sabe, *ma* no es adivinanza...

—Una cosa que yo soy y sólo...

—Una cosa que tiene que ver con el «Comité de Defensa contra el Comunismo».

A Tamagás se le fue la lengua y por más que se la buscaba no la sentía y cuando se la encontró era como de trapo.

—¡Sólo esto, señor Estanislado, sólo esto... trabajaremos juntos dentro del Comité!

—¿Juntos...? —alcanzó por proferir Tamagás que entendía la intención del calabrés.

—¡*Eco, eco,* trabajaremos juntos dentro del Comité! Cada *giorno, ¿eh?,* cada día, su merced me dará copia escrita *o di* memoria de las personas denunciadas que la Policía debe capturar.

—¿Para qué, Benujón?

—El porqué es cosa mía... *a rivederlo!*

Y se levantó del sofá que ocupaba con sus ropas de trabajo, sucias de tierra y aceite,

yendo hacia el patio a pasos largos, ni siquiera se había quitado el sombrero, y después se oyó desprenderse el cuerpo tras la pared medianera, recibido por el amistoso ladrar de sus perros.

Temerá que lo denuncien, fue lo primero que pensó Tamagás al verlo salir y quedar solo, y por eso quiere que yo le proporcione diariamente las listas de los acusados por comunistas o sospechosos de tener ideas rojas, ya que en esa forma, estando sobre aviso podrá escapar a tiempo... ¡Bandido, no sólo fugado de la Isla del Diablo, sino comunista!

Se arrebató el pañuelo del bolsillo cercano a la solapa por hacer algo con las manos que al irse el hortalicero le sobraban, igual que la intención de ahorcarlo que se le paseó por los dedos y que no cuajó más por cálculo que por cobardía, pues, mientras hablaba le estuvo midiendo el grosor de las muñecas y comprendió que en ese terreno iba perdido. Se quedó con hambre de pescuezo de italiano. Nadie, fuera de los miembros del Comité, conocía su secreto. Nadie. Nadie. No supo si sonarse o enjugarse el sudor del disgusto, la sal gruesa que le bañaba la cara, al encontrar el pañuelo en las manos que le seguían sobrando. Lo de las listas no tenía importancia. El día que el tal Tizonelli apareciera en una de ellas se escaparía y asunto concluido. Una simple y cochina operación de trueque, en la que, mirándolo bien, él salía ganando, al librarse con el silencio de aquella alimaña de hortaliza, de la acusación de haber dado muerte... a... a un animalito... hasta muy tarde dijo el Papa que los indios eran gentes y no bestias de las que se podía disponer y se seguía disponiendo. Él dispuso de Natividad Quintuche, como de chico, durante las vacaciones, de más de una gallina, y por eso, qué importancia tenía lo de la pequeña, ninguna, ni lo de las listas, ante la gravedad de que hubiera un ser vivo, vecino suyo pata ajuste de penas, que conociera el secreto de su sagrado ministerio, en el «Comité de Defensa contra el Comunismo». Pero, si sería estúpido, el que Tizonelli poseyera aquel dato no impedía que lo pudiera acusar de rojo, sin sorpresa para los que le conocían, dada la fama que tenía en el vecindario de ateo, anarquista y dueño de una blusa garibaldina que fue de uno de sus abuelos, preciosa historia con la que trataba de ocultar su comunismo. ¿Qué más prueba que aquella camisola roja? Lo tenía en las manos. Por menos se habían deshecho de sus enemigos otros miembros del Comité. Lo sepultaría en una mazmorra, incomunicado hasta la eternidad, o lo extrañaría del país. Aunque... se mordió el pensamiento con esa palabra de mandíbulas dentadas... tratándose de un extranjero, no era fácil, intervendría el cónsul, saltarían los italianos, sus compatriotas, que son tal alharaquientos y se descubriría que él había dado muerte a la pequeña Natividad Quintuche. Se enjugó el sudor. Hasta ahí todo le iba saliendo tan bien. La vecinita oficiosa informándole a los compadres que él no estaba en casa, su escapatoria por la tapia, la vuelta a su negocio, el Diablo echado de colmillos y narices sobre la víctima, la credulidad supersticiosa de los compadres que le permitió lo más difícil, deshacerse del cuerpo del delito... El crimen perfecto si lograba suprimir al calabrés que a los gritos de la pequeña, debió saltar la tapia para auxiliarla y se encontró con lo que menos esperaba. Si a tiempo hubiera sembrado de vidrios la pared, Benujón no se cuela tan campante, pero tampoco él hubiera podido salir. Todo tiene dos filos en la vida. Lo descubrió con la indita y se quedó oculto, hay tanto donde esconderse en una casa de disfraces y trebejos, espiándolo mientras él a su vez espiaba por el ojo de la llave a los compadres mientras se sacudía la ropa en su cuarta y hasta ahora recordaba que cuando saltó no ladraron ni se le vinieron encima los enormes perros orejones con que cuidaba la hortaliza de los ladrones, nunca falta gente que vive de verduritas, cuando las verduritas son ajenas. Lo de los perros era misterioso, pero hasta en eso bahía tenido suerte. Si ladran los cancerberos se descubre su fuga y si se tira lo despedazan. Lo favoreció que no estuviera la jauría. El que siempre fue solo para no tener testigos, ni espías, ni fiscales. Desde que murió su padre, de quien heredó el negocio, no supo su casa de otra ser viviente, fuera de la clientela, que una criada vieja, ser casi de cartón, casi de trapo que venía dos veces por semana a limpiar la sala y su cuarto. Por lo demás él se lo hacía todo. La comida la recibía en un portaviandas. Ni visitas ni amigos. Solo. Fue lo que le valió para que lo llamaran a integrar el Comité, el ser solo, el no tener más compañía que la involuntaria de ratas, ratones, cucarachas, arañas y alacranes, ya que él no alimentaba perros ni gatos, no se daba el lujo de

la mujer propia, mientras hubiera mujeres que se alquilaban como disfraces, ni gastaba en copas ni cigarrillos. Mas, de qué le sirvió guardar, defender tan celosamente su soledad de ermita, si cuando debió estar más a solas apareció el calabrés. Se sonó antes de guardarse el pañuelo y salió hacia la galería. Necesitaba hablar con alguien y con el único que podía desahogarse era con Carne Cruda. Si los enamorados hablan a los retratos y las gentes sencillas a los santos, qué de extraño que él le hablara al Demonio. Lo contempló nervioso, sin poder frenar el tic de su párpado.

—Yo estuve presente... —parecía decirle Carne Cruda.

Le dio la espalda. No era eso lo que él buscaba. Para testigo ya tenía bastante con Tizonelli.

—Regresa —oyó que le llamaba Carne Cruda—, no me has dejado concluir la frase... te decía que ¡YO! estuve presente en todos los procesos de la inquisición y te puedo aconsejar.

—¡Dios te lo pague, Carne... —se oyó contestándole sin mover los labios—, pero me aconsejaba el Padre Berenice que también forma parte del Comité!

—¡Si es así me capo las ganas de aconsejarte, ese Padrecito se las trae!

—¡Pero eso no quiere decir que desprecie tus consejos, no te amostaces! —se oyó hablando con la boca cerrada—, aunque allí en el Comité, el que en verdad lo resuelve todo es el Incógnito, un encapuchado que ni nosotros conocemos, nunca le hemos visto la cara, nunca le hemos oído la voz, por las manos se ve que es un hombre sumamente blanco, acciona como un perfecto artista de cine mudo y como tiene doble voto a él le queda la última palabra que no pronuncia, sino da a entender subiendo o bajando el pulgar, como los romanos en el circo.

—¡Ya lo sabía! —exclamó Carne Cruda.

—¿Lo conoces? —acercóse al muñecón de cuernos amarillos, ojos verdes y colmillos blancos, su precioso cómplice.

—Mejor que él mismo...

—¡Dime entonces quién es! ¡Dímelo, Carne Cruda! ¡Dime quién es ese encapuchado personaje que preside el Comité!

—¿No crees que es alguien que está cerca de aquí?

—¿Qué...? —saltó Tamagás a esconderse tras los faldones del Diablo—. Si es así estoy perdido, pero no, no puede ser, por eso no habla, para que no le oigamos su acento extranjero, por eso no escribe, porque no sabe español, y por eso sabía que yo era miembro del Comité, aunque de ser así, ¿para qué me iba a pedir las listas si él las conocía mejor que yo?, ¿para tenerme agarrado...?

Una risotada lo hizo huir. ¿Quién se reía...?

No era Tizonelli... no era el Diablo... era él que se carcajeaba de haber creído por un momento que el encapuchado podía ser el calabrés.

TRES

El italiano trabajaba de noche un poco al tacto y un poco a la luz de un farol cuya palidez no alcanzaba a iluminar los rostros aún más pálidos de los parientes de los denunciados a quienes mandaba a llamar y daba la noticia de que iban a ser presos si no escapaban a tiempo. Entre arriates de verduras iba y venia el farolito cuidando también de las legumbres humanas.

Otras noches lo acompañaba el cielo. Inmensos astros, dorados astros rutilantes, pedazos de fuego del azur dormido a sus espaldas curvadas sobre la tierra hediendo al estiércol del abono, mal olor que él borraba o empeoraba con el humo de su cachimba, fumaba un tabaco que apestaba a diablo, o peéndose estrepitosamente como buen comedor que era de repollo y nabos crudos. De vez en vez, en lo mejor de la faena, levantaba los ojos para indagar si andaba el rehilete de la bomba de agua que giraba a oscuras con el susurro de un ciego que pide limosnas al viento para trocar su soplo hilado o retaceado en redondas monedas de agua anillada al remover el pozo, agua que llenaba los depósitos, de donde, siempre con sonido de líquido amonedado, bajaba por tuberías a las tomas de riego y de las tomas a los sembrados, y de los sembrados al mercado, y del mercado a sus bolsillos en forma de dinero, de monedas que conservaban su sonido de agua. Estrellas, faenas, encadenamientos sutiles que turbaban sus manotazos al espantarse los mosquitos, la planta de su bota sobre un gusano o el golpe con la azada a la lombriz de tierra multiplicada en agonía de eses enloquecidas, a los cascarudos, de difícil despene, o la rabieta, acompañada de seculares blasfemias, contra la gallina ciega tan imagen de la muerte en su apariencia de estar dormida. Pero disgustos, cóleras, cansancio, todo le pasaba en las almácigas, contemplando los transplantes o viendo sus plantas ya derechitas en los arriates, ora casacas de color oscuro con botonaduras de colitos de Bruselas, ora las grandes coles maternales, esponjosas, echadas como gallinas, ora los repollos machos, más altos y más gallos, ora el atropello sanguinolento de las hojas de la remolacha, o las puntillas de brisa verde de las zanahorias, o las lechugas formadas con las lenguas del espíritu santo verde, caídas calcañales por dejar el farol e ir a oscuras en busca de un trabajito para salvar alguna legumbre humana. Desde que Tamagás empezó a pasarle las lista de los denunciados ante el Comité que la Policía debía capturar, Tizonelli trabajaba de noche, con gran escándalo de la mayoría de sus hijas, todos los demás eran casados y vivían cada cual con su cada cual y los puños de nietos en sus casas, y gran escándalo de su mujer a quien el hueco del *suo marito* en la cama le adelantaba una viudedad *molto gelata.*

—¡Dios se lo pague...! ¡Dios se lo premie...! ¡Dios se lo ha de devolver...! —con estas palabras sencillas llegaban a agradecerle mujeres que parecían venir desde el principio del mundo chapoteando lagunas de llanto—. Sí, señor Tizonelli, gracias a su favor lo sacamos a tiempo y cuando llegó la Policía ya no estaba... registraron la casa a falta de arrancar los ladrillos... ¡Cómo pagarle, cómo pagarle, señor Tizonelli...!

El calabrés rehuía los agradecimientos moviendo la cabeza de un lado a otro, vagos los ojitos de posta de escopeta, ligeramente verdes, plomizos, apretados los dientes para morder la cachimba con un movimiento de músculos que se le regaban en manada de leones de los parietales a las mandíbulas. Hueso, pellejo, músculo y bravura de nieto de un voluntario de Garibaldi, cuya blusa roja guardaba.

Y así pasaba las noches, yendo y viniendo con su farolito, bajo cielos de astros que presidían la diaria fragmentación del hombre, de las familias, de los pueblos, de las ciudades. El objeto es perseguirse. Se persiguen como si nunca hubieran soñado, se decía Tizonelli, los que tienen pesadillas realizan sus persecuciones dormidos, apuñalan, muerden, ahorcan, destruyen, trituran...

Pero algunas noches se hundían en su espalda los dedos de la risa reída, del llanto llorado, del sinvergüenza de Tamagás. Le venía a ver, soslayando peligros, al amparo de las sombras, y le encontraba sembrando sus verduras y con su consabido grito de ¡Viva Garibaldi...!

—¡Es un crimen, crimen de lesa patria, crimen de lesa humanidad, lo que estamos haciendo, Tizonelli, dejando ir a tanto comunista bandido!

—¡Crimen de leso dólar, Tamagás! —le contestaba Tizonelli—, porque ninguna de esas personas son de ese partido y...

—¡Hoy, hoy es el último día —se ahogaba don Estanislado al formular la amenaza—, el último día, advertido, ¿eh?, porque no puedo más, ésta es la última lista de denuncias que te entrego!

—Y hoy el último día de libertad de su merced. Cuando me dio la primera lista, fue su último día de libertad.

—¿Por qué, Tizonelli?

—Porque me la dio por escrito. ¡Tanto mejor, dije yo, este hombre ya está en mis manos! Me la da de memoria y entonces no tengo como acusarlo, no tengo pruebas, don Estanislado Tamagás. Ahora, si no cumple tendrá que responder del delito de violación, estupro, asesinato de la *piccola* Natividad Quintuche, y deslealtad e infidencias al Comité de Defensa...

—¡Tizonelli...! —le postró la cara pavorida, suplicante, a la luz de las estrellas, a falta de caerse, sin saber ya ni dónde ponía los pies.

—¡Tamagás..., su merced ha perdido la cabeza! ¡Cómo pretende no cumplir su palabra!

—¡Tizonelli, lo he perdido todo, no sólo la cabeza! ¡Entre los miembros del Comité nos miramos en una forma tan aflictiva, queriéndonos penetrar uno al otro, adivinarnos los pensamientos, succionarnos los registros mentales, para descubrir quién de todos es el que está faltando al secreto jurado sobre los Evangelios, la Cruz y la Espada del Coronel! ¡Cunde la desconfianza, Tizonelli!

—¿De quién es del que más dudan?

—Tanto como decir de quién, no es posible, pues cada uno duda de los demás y todos dudamos de todos...

—Pero alguno sufraga mayores sospechas...

—Y no soy yo, por fortuna...

—Lo suponía, quién no sabe que es usted solo, apartado de relaciones. Se sospecha de la gente con nexos... pero de un hongo...

—Yo te pediría, Tizonelli, que tuvieras piedad de mí, que dejáramos pasar siquiera quince días sin evadidos, al menos sin evadidos de importancia. Sé que están presos el Secretario del Comité y dos pobres empleadas y que los han flagelado y torturado, colgándolos de sus partes a él y a ellas de los senos, por creerles culpables de las denuncias. Sé que en la Policía hubo detenciones y suplicios... Buscan... buscan, Tizonelli, y encontrarán... nos pinzarán... nos echarán la mano al cuello y tras la mano, la soga... Pero hay algo de última hora que me reservaba y que te hará apiadarte de mí... ¡No nos escaparemos si insistes en que te siga dando las listas...! Ahora las denuncias van directamente a las manos del Comité, ya no las ven ni el secretario ni las empleadas... van directamente a manos del Padre Berenice, gran espulgador de anónimos, y él las comunica a todos en el más absoluto secreto... Nadie más que nosotros sabe ahora quiénes son los sospechados y a quiénes se va a capturar...

—Pero ya me dijo su merced que está libre de toda sospecha y eso basta... —en la sombra, las pupilas del calabrés a la luz del farol tenían el peso del desprecio que se va volviendo de plomo.

—¡Piedad! ¡Piedad...! ¡Sin más ojos que los del Comité que ve las listas, pronto nos descubrirán, Tizonelli!

—Ya veremos, dijo un ciego que no veía *niente*, y así decimos nosotros, ciegos ante el futuro y queriendo ver...

—Podríamos fugarnos... —propuso el alquilador de disfraces, deseas de un largo silencio—, yo tengo dinero, mucho dinero, ir a tu patria, quiero conocer Italia, antes de que me ahorquen.

—La persona que sirve en un Comité como ése de Defensa contra el Comunismo, está bien servida si lo ahorcan, don Estanislado.

Su resolución estaba tomada. Se despidió del calabrés que seguía acuclillado cerca del farol, histriónico, hediendo a tabaco y a vino, ya para el aliento convertido en vinagre

estomacal, y a saltos, trepando y bajando por la pared medianera, se perdió en su mundo de personajes solemnes, de mascarones terroríficos, de suavísimos ángeles incoloros en la media luz de una lámpara antigua de vidrio granizado.

Carne Cruda, con sus retorcidos colmillos blancos, rieles de los ferrocarriles de la luna, recibía la iluminación de abajo arriba y se miraba exageradamente grande, más cornudo y más risueño, y con los ojos más endemoniados que los de los otros demonios.

Debía consultarle, pegar la cara a sus faldellines colorados, a su rabo peludo, a sus garras, y preguntarle si convenía hacer lo que pensaba. Pero no se atrevía a formular su pensamiento en voz alta, aun allí a solas con su Diablo.

—Acusar... acusar al italiano por anarquista, ateo, comunista, garibaldino, póquer en mano, y siendo él miembro del Comité, se haría reservar el caso, a fin de poderlo extrañar del país o sepultarlo en una mazmorra, siempre y cuando el cónsul aceptara que podía hacerse así, sin dejarlo comunicarse con nadie, ni con él, por tratarse de un agitador peligrosísimo, o un agente de enlace... ya buscaría...

Se fue a la cama y su cabeza se revolvió, como un molinillo en chocolate, toda la noche. ¿Convenía o no acusar a Tizonelli antes de que se descubriera que era él quien le proporcionaba las listas, los nombres que figuraban en las denuncias?

Nunca sudó tanto ni tragó tanta saliva como el día siguiente, cuando a puertas de sótano cerrado, el Padre Berenice leyó en voz alta el nombre de un tal Benujón Tizonelli, acusado de actividades rojas, y acto continuo por voto unánime se ordenó su captura inmediata.

Su obligación era ponerlo sobre aviso y lo llamó a su casa. Lo que esperaba Tamagás hacía mucho tiempo, venía a cumplirse al final de un terrible convenio a favor del cual se fugaron muchos hombres y mujeres que denunciados por rojos comunistas ante el Comité y advertidos por el calabrés del riesgo que corrían, se los tragaba la tierra antes de ser capturados.

—Ni me fugo ni me escondo, don Estanislado —dijo el italiano—, eso sería descubrir nuestro juego. El que ha hecho la denuncia puede ser uno de los del Comité que de acuerdo o no con los otros está tratando de poner a prueba a su merced. Esta mañana, sin ir muy lejos, mientras usted estaba sesionando, vino la Policía y registró todos sus papeles, sus pocos libros y los disfraces...

—¿No sabrán lo de la pequeña?

—No, señor, cómo se van a andar registrando papeles y libros, cuando se investiga una violación...

—¡Ya desconfían de todo el mundo, Tizonelli!

—Pues lo que es yo, esperaré a la Policía, me llevarán preso y en esta forma quedará entre nosotros el por dónde llegaban las noticias de las denuncias... ¡Ah, pero eso sí, su merced, como vecino mío, aliviará mi encierro y evitará que me torturen, porque en el tormento soy capaz de hablar!

Tufo a estiércol, olor a tabaco, hedentina a hombre sudado en el trabajo dejó Benujón en la sala de Tamagás

—Adiós... —pasó despidiéndose de Carne Cruda, borrosa mancha roja a la luz de la lámpara que hacía miopes las tinieblas.

CUATRO

El cuerpecito de Natividad Quintuche, violada y muerta por el Diablo en casa del alquilador de disfraces, iba de sobornal sobre la carga de máscaras y vestidos de todos colores que llevaba a la espalda su padre Sabino Quintuche que no paraba de trotar, y de trotar, y de trotar, para perder la conciencia en la fatiga física, para olvidarse de lo que le venía corroyendo el alma: volver al pueblo con su muchachita como iguana que se desangra muerta... ¡ay, Dios mío! ¡ay, Dios mío...! y la pena mayor del turbión que se vendría si no se bailaba el Torotumbo, indispensable en este caso de virgen violada por el Diablo, si querían salvarse las poblaciones de la maleza lujuriosa, de la espina y la seca.

Las comadres recibieron el cuerpecito de Natividad Quintuche, con los ojos de frijol negro fritos en lagrimones brillantes, lagrimones que se tragaban, no había por qué acabar de enfriarle la carne al angelito, antes de que se le pusieran las alas para que volara al cielo. Y, además, en lugar de las lágrimas la estaban bañando en agua de sal. Después de este primer baño que repitieron, el agua salía sanguinolenta, la secaron con algodón vidrioso de nopal caliente, arrancado de los candelabros verdes de las nopaladas a la hora de mediodía. Luego fue sumergida en un segundo baño de cal y piedra lumbre para que enjutara del todo. La secaron con traposanto. Y en seguida en un tercer y último baño de agua tibia perfumada con azahares de naranjo dulce. La secaron con algodón silvestre. Luego vino el peinarla con aceite y ámbar y el regar sobre su cuerpecito esencias aromáticas y pimienta negra, lo único de luto, para conservarla. Ya le ponen la camisita, los calzoncitos, ya la túnica cerrada por detrás, color de perla vieja, ya las sandalias plateadas que de poco le servirán, hizo su tránsito por la tierra sin conocer zapatos, con los pies descalzos, y ya tiene a la espalda del esplendor de las alas de cartón plateado para volar al cielo luciendo en la frente una corona de flores de papel, en las manos cruzadas una hoja de palma y en los labios, una flor natural, el saludo de su boca de criatura terrestre para los ángeles de Dios.

Del techo, entre mazorcas de maíz agarradas de las hojas como serafines del Maíz-dios y humo de incienso *y pom* quemados en braseros, simulando nubes, pendía Natividad Quintuche, que ya no era ella sino un angelito, sin que su madre la pudiera llorar por temor a volverle agua las alas, ni su padre y su padrino dejaran de rociar el rancho, machete en mano, dispuestos a medirse con el Diablo donde lo encontraran.

—¡Venado de cristal del aire —invocaban—, ayúdanos, pobrecita la muchachita, el diablo fue a quitar su *plorcita!*

—¡Venado de cristal del aire, ayúdanos, pobrecita la muchacha, el diablo le fue a quitar su *plorcita!*

—¡Di, por qué, Colibrí, no la perforaste tú con tu dardo de amor, de chupamiel, de picaflor! ¡Di por qué, Colibrí!

—¿Di, por qué, Zarespino, no la perforaste tú con una de tus espinas calcinantes? ¿Di, por qué, Zarespino?

Y éste fue el comienzo. Allí, aquella noche de sangre golpeada, de tierra golpeada, de agua golpeada, de fuego golpeado, empezó, como un sueño, el baile de los estandartes verdes a lo largo de territorios de lagunas blancas. Bailaban con caras de pumas, jabalíes, dantas, monos, chacales, perros mudos. Sobresalían las aplastadas máscaras, sin mentón, de los pitones, y las cornamentas de los enmascarados toros bravos, en cientos, en miles de pezuñas bailando entre el polvo y el humo de la hogaza que soltaban los testuces. Bailaban, bailaban, bailaban. El Torotumbo extendía desde el rancho del Angelito que violó el Diablo y volaba al cielo, sus ríos de bailarines. Los que lo bailaban, todos los que se sentían toros lo bailaban, subían a saludar al Angelito y a pregonar su prosapia de muy hombres, de muy machos, de muy gallos, de muy toros, todos los que se sentían toros lo bailaban, toros toronegros, toros torobravos, toropintos, hijos de la vaca brava, nietos de la vaca pinta, toros torotumbos dispuestos a medirse con el Diablo. Bailaban, bailaban, bailaban... Éste fue el comienzo. El golpe fue el comienzo. El golpe en el cuero, en la madera, en la piedra tundidos para

acompañar el desdoblamiento de los bailarines que se movían a través de jaulas de cornamentas que ellos mismos se formaban con los brazos y de las que escapaban a saltos de pies tan diminutos que podían calzarse con ajíes. Bailaban, bailaban... Sudor de fiesta. Ríos de agua de caña. Zigzagueaban las calles, giraban las plazas, hormigueaba el aire y se oían los cohetes con ruido de meada de toro, ichessss, subir y estallar sobre los cielos cobalto. Bailaban, bailaban, bailaban... De pueblo en pueblo, el cuerpo de la mujercita que violó el Diablo y volaba al cielo convertida en ángel atraía más y más bailarines, y a sus vestiduras iban prendiendo listones de todos colores, escritos con los pedidos que le hacían a Dios las familias, las cofradías, los municipios, y que ella se encargaría de entregar en propias manos. La llevaban en hombros, izada en una escalera sobre un altar portátil en forma de anda, los horripilantes trágicos lampiños que en lugar de pestañas, tenían espinas en las máscaras y en lugar de manos, garras rasguñadoras, garras con las que cuidaban que no ensuciaran ni rompieran el traje del Angelito los que se acercaban a besarlo, a saludarlo, a pregonar su prosapia de muy hombres, de muy machos, de muy toros. Bailaban, bailaban, bailaban... Baile de montañas, árboles y gentes verdes, pintadas de verde, caras y cabellos verdes, verdes las vestimentas y las calzas verdes, vegetación andante a la que se mezclaban toros de cornamentas de oro, fragmentos de una inmensa noche negra que avanzaba sobre cascos de ceniza de estrellas, y bailarines reidores de caras pintadas con rayas transversales azules y amarillas, bocas postizas con cascabeles en lugar de dientes o como tajadas de sandías mostrando risas de pepitas negras, gotas de tiniebla que recordaban la causa de aquel reír de duelo y aquel bailar interminable como un castigo del que por momentos sólo quedaba vivo el tamborón de cuero con pelo y el hueco de tun envuelto en cáscara de serpiente de madera. Bailaban, bailaban, bailaban...

CINCO

Los barrios populares de la capital se disponían a recibir al Torotumbo con baile, tertulia, café con pan, cigarrillos, copas de aguardiente, juegos de prendas, pero como los pobres ni de sus fiestas son dueños, algún estudiante lo supo, llevó el soplo a sus compañeros y por novelería de muchachos ansiosos de jugar al carnaval disfrazados de mamarrachos y hambre de diversiones, la ciudad entera se aprestó a recibir a los «encamisados», como los llamaba la «gente bien», con el beneplácito de los folkloristas que veían en aquella turba de desaforados una afirmación de la nacionalidad y algo digno de ser presentado a los turistas, el disgusto de los católicos que encontraban en aquel mitote resabios de la más cruel idolatría y la anuencia del Gobierno por ser siempre de buena política distraer al populacho.

Para el negocio de don Estanislado Tamagás, el Torotumbo fue baile de «perlas redondas», como él decía trabucando en su entusiasmo y ambición lo de «negocio de perlas» y «negocio redondo». Por una vez en su vida alquilaría todos los disfraces, la demanda era mucha, menos el de Carne Cruda, que, por ser su protector, no era negociable.

Tizonelli había vuelto a su hortaliza después de chuparse algunos días de prisión, pero como no vendía nada, el motivo de su carceleada destiñó sobre sus verduras en el barrio y las locatarias en el mercado se encargaron del resto —¡no sólo por fuera son rojos sus rábanos!, le gritaban—, vino en ayuda del alquilador de disfraces que no se daba alcance, desbordado por la clientela, hasta dar la impresión de tullido, de atolondrado, de ido entre los que se arrebataban los vestidos y máscaras de la eterna farsa, frasecita que repetía el italiano, suspirador como cantante sin contrato, cada vez que pasaba por sus manos el envoltorio de uno de los personajes de la *Comedia del Arte.*

—Sólo el disfraz de Carne Cruda no se alquila —dijo Tizonelli—, entra y sale gente y ninguno se atreve con él...

—¡Es que no está en alquiler! —le cortó Tamagás, el párpado zurdo saltándole sobre la fría lámina del ojo represo.

—*E, cómo?*

—Sería el hombre más ingrato, Tizonelli...

—Sería cuestión de precio, don Estanislado...

—Por ningún dinero. Recuerda que me prestó un gran servicio. Si no es él, qué les hubiera dicho al padre y al padrino de la pequeña, cómo se hubiera podido explicar...

—En eso tiene razón, y como no ha habido muchos que lo soliciten...

Al irse Benujón y cerrar el negocio, Tamagás se acercó a Carne Cruda que se iba quedando solo. Lo abrazaba y le decía:

—¿Qué te importa, Carne, que gente con alma de payaso, de cura, de militar, prefieran esos disfraces? ¡Te luciré yo, yo, yo que no te vendí el alma, que te la compré, que tengo el orgullo de haberte comprado para mi servicio...!

En la puerta de su casa fijó un cartelito que decía «Ya no hay disfraces», en la esperanza de que no tocaran más, que lo dejaran en calina contar los harapos verdes de ese gran disfraz que ahora usa el dinero y que se llama papel moneda. Pero de nada sirvió. Seguían toca que toca, ya que cliente que llegaba hasta la puerta, no se conformaba con el cartelito, entraba a indagar personalmente si todo se había alquilado, a ofrecer el doble, el triple, por cualquier disfraz, sin encontrar otro que el de Carne Cruda, colgado del pescuezo, balanceándose a la luz de la claraboya. Algunos clientes animosos, lo pedían para probárselo. Pero, ¿qué pasaba? Si el aspirante era alto, Carne Cruda se encogía, y el disfraz le quedaba corto, si era bajo, Carne Cruda se alargaba, y el disfraz se volvía enorme, si gordo, Carne Cruda enflaquecía y el disfraz se volvía espárrago, si flaco, Carne Cruda se esponjaba y el disfraz se volvía globo, encogerse y dar de largo, chuparse y ensancharse que acabó con el gusto de Tamagás, el gusto con que contaba los dineritos por bienes que volverían a su casa, después de haber sido usados, pues eran alquilados dejando depósito. Recapacitó. Lo mejor era probárselo. Salir de dudas. Saber si le venía. El párpado y el acobardado corazón le saltaban al enfundárselo y por

poco se desmaya, al sentir que a él, le quedaba como mandado a hacer sobre medida. No se preguntó por qué. No se contestó por qué. Pregunta y respuesta eran la misma cosa. Si Tizonelli, con su silencio, lo salvó de ir a la cárcel, únicamente Dios podía salvarlo de Carne Cruda. Y cómo obtener la ayuda divina... sólo confesando su crimen...

Febril, ligero de pasos a pesar de los años y las almorranas, saltándole el párpado del ojo izquierdo como si tocara a rebato, sin pausa el corazón, arrancó el sombrero y el bastón de la percha y ya iba hacia la pared medianera para saltar como cuando Natividad. Quintuche, pero rectificó sus pasos y por la puerta que cerró con dos vueltas de llave, dejaba el dinero sin guardar, causa de ese diablo crudo, marchó hacia la sede secreta del Comité, donde el Padre Berenice abría por las tardes los sobres de las denuncias, en su mayoría anónimas, trabajo que realizaba con el cuidado con que una actriz vieja se maquilla, encerrado en un cuartito que era algo así como su camerino.

—¡Confesión...! ¡Confesión...! —entró gritando Tamagás.

Al Padre Berenice se le fue la sangre de la cara, más pálido que pálido contra la sombra de su barba azul mal destroncada ese día, conmovido hasta los talones de los pies encerrados en sus zapatos de piel de becerra. Lo que siempre sospechó le iba a ser revelado; el infidente, el perjuro en el Comité, el Judas Iscariote, el que proporcionaba las listas de los sospechosos que debía capturar la Policía, estaba a sus pies.

Echóse hacia atrás separándose de la mesa en que estaba acodado leyendo y ordenando las denuncias, técnico y gran sepultador de anónimos, recogióse la sotana como si le dieran asco las rodillas del penitente, y se preparó a escuchar la confesión.

Los labios del alquilador de disfraces apenas lograron formar los vocablos del «Yo pecador...». El Padre Berenice, ya en su papel de confesor, no obstante la repugnancia que le inspiraba aquel individuo, revelador de los secretos del Comité, le puso la mano en el hombro y le paladeó al oído:

—Cálmese, hijito.

La decisión de Tamagás era simple: vomitarle al confesor que había violado y matado a Natividad Quintuche y la forma en que había burlado a la justicia; pero ya cuando olió la sotana y olió al Padre en su fuerte sudor humano, le confesó que no tenía paz ni reposo desde que en su casa ocurrió un hecho extraño, creíble sólo porque 61 lo había visto. Unos compadres llegaron a sus «alquileres» para la «Fiesta de Morenos», acompañados de una indiecita que se quedó dormida en su negocio. Ni los compadres ni 61 que salió tras ellos por un asunto del Comité, se dieron cuenta; pero vuelto él de la calle, se encuentra a los compadres esperándolo a la puerta, entran y qué descubren, a la pequeña de ocho años de edad, muerta, violada por el Diablo que, cuando ellos entraron, aún estaba sobre ella, convertido en una simple máscara y un disfraz demoníaco. Convencí a los compadres, devolviéndoles el dinero que me habían pagado por los «alquileres», que no dijeran nada, que se la llevaran a su pueblo y la enterraran, que todo quedara entre nosotros, temeroso de que al calor del escándalo fuera a descubrirse que yo era miembro del Comité y esta santa institución sufriera algún desmedro en su autoridad.

—Pero se da el caso —terminó Tamagás, el párpado ya no saltaba, ametrallaba— que ahora que se han alquilado todos los disfraces para el Torotumbo, el único mamarracho que no se alquila es el de ese mismo Diablo; y no pulque no lo quieran, se lo prueban, pero a los gordos les queda angosto, holgadísimo a los flacos, corto a los altos, largo a los bajos...

—¿Y es el disfraz del que violó a la pequeña el que se encoge y se estira, se agranda y se achica, imagen del malvado instrumento de su crimen?

—Si, padre...

—¿Y fue una indiecita la víctima propiciatoria?

—Sí, padre...

Terminada la retahíla de culpas menores que el penitente suelta al final de la confesión, no sabiendo de dónde arrancarse más pecados, el Padre Berenice, con reserva expresa de la absolución, le invitó a conversar particularmente del asunto, ayudándolo a levantarse, pues

Tamagás seguía postrado, curvado, yerto bajo el peso de la traición a su amigo que ya bastante castigo tenía con ser el Rebelde, para que viniera él, ingratitud de las ingratitudes, a cambio del servicio que le hizo, a acusarlo ante el tribunal de Dios, de violación y asesino. Le crujieron las rodillas al ponerse de pie y sentarse de lado por las almorrabiosas en la silla que le ofrecía el sacerdote.

—Nada sucede sin los designios de la Providencia, don Estanislado, y su arrepentimiento, aunque tardío, de ocultar un hecho diabólico que tiene sus antecedentes en los íncubos y súcubos, permitirá al «Comité de Defensa contra el Comunismo», un gran acto expiatorio... —paladeó la palabra antes de preguntar a Tamagás si el muñeco era rojo.

—Sí, padre, rojo...

—¿Rojo, rojo, rojo? —insistió removiéndose en la silla.

—Sí, padre, rojo, rojo...

—La mano de Dios lo dispone todo. Nos daremos el lujo de quemar al Diablo...

—Pero, padre —interrumpió Tamagás—, ésa no sería ninguna novedad. Año con año queman al Diablo en la Plazuela de Santo Domingo, y si se hace público, para qué guardé el secreto tanto tiempo.

—No me ha dejado explicarme. No se trata de quemar un Diablo de cohetería, sino la quema del Diablo Rojo, del que pone en la mano del terrorista la bomba, del que dinamita los edificios, descarrila trenes, inventa huelgas, subvierte el orden, el mismo que entre nosotros violó y ensangrentó a una indiecita... que... ¿quién era...?, ¿quién es, don Estanislado, esa indiecita...? Recapacite, reflexione, piense un poco a quién estamos defendiendo nosotros y verá en seguida que esa indiecita era la Patria violada y ensangrentada por el Comunismo...

—Si, sí, la Patria... —repitió Tamagás, no muy convencido de lo que oía, resistiéndose a pasar de violador de una indiecita que fue para él como una gallina más, a violador de su adorada Patria.

—Y si es así —siguió el sacerdote—, autorizado por usted puede el Comité celebrar secretamente en su casa, para que no se haga público, un auto de fe en el que entregaremos al fuego purificador la terrible encarnación demoníaca del comunismo que violó y ensangrentó a nuestra indiecita casi ante los ojos de uno de los miembros del Comité, y en su casa para mayor escarnio. Déjelo todo por mi cuenta, don Estanislado. Invitaremos a altas autoridades de la Iglesia y el Gobierno y al Nuncio Apostólico para que nos honren con su presencia, ya que en esta forma, en efigie, basándonos en un hecho cierto que configura un símbolo, entregaremos a las llamas al comunismo violador de nuestra Patria.

Tamagás no tuvo valor de volver a su casa en seguida, deambuló por las calles, y al llegar, ya muy de noche, refundióse en su cuarto cerrada la puerta con llaves y trancas. En algún lugar cerca de allí pendía del techo, colgado de la nuca, Carne Cruda, con sus ojos verdes, sus cuernos amarillos, sus dientes blancos rieles de los ferrocarriles de la luna, y el pelo grifo.

Despertó al día siguiente ya entrada la mañana. Se había quedado vestido, tirado en la cama. La luz del sol y los ruidos de la calle, por donde pasaban turbas vocingleras y músicas al encuentro del Torotumbo, le animaron a salir de su cuarto, era ridículo estar bajo llave y atrancado en su propia casa, cuando si Carne Cruda, Carne Cruda, ¡Dios mío con sus equivocaciones!, hubiera querido le pide cuentas anoche mismo, y lo único que le quedaba, en todo caso, era ir y prevenirle que pesaba sobre él la amenaza de ser lanzado... ja... ja... ja..., reía, a las pobres llamas del Padre Berenice, que en manera alguna podían amedrentar al que se tostaba en los fuegos del infierno... ja... ja... Se lo contaré a Tizonelli... no... ¡Dios guarde...! pero a quién otro se lo podía contar...

Nadando su lengua contra una babosidad helada que llenaba la boca, al sólo asomar el italiano, a quien llamó a gritos a través de la tapia, le refirió que el Padre Berenice preparaba un gran auto de fe, en el cual quemarían a Carne Cruda, encarnación diabólica del comunismo, violador de la pequeña...

—¿De la *poverella?* —interrumpió Tizonelli.

—¡Qué *poverella!* —gritó Tamagás—. Eso v violada, sino la Patria... El Diablo Rojo violó a...

—Pero se olvida, don Estanislado, que el verd sino su merced...

—A la indita, sí, yo... —gritó contrariado—, , pero a la Patria fue Carne Cruda, el Diablo Rojo del yo era miembro del Comité y por eso fui tentado, sucun lidad el símbolo de la bestia cruda saciando sus instir ndiecita descalza...

—¡No comprendo! ¡No comprendo *niente...!* -

—¡Ya comprenderás! ¡Ya comprenderás! El a

—¿Aquí...? —Tizonelli se soltó la cabeza.

—Sí, aquí, qué de extraño tiene, y asistirán, el señor Arzobispo, el Nuncio de Su Santidad, y el preside

El calabrés se puso de pie. Se buscaba en los l

—¿Por qué tan pronto, Tizonelli?

—Tengo que hacer, tengo que respirar... su m

El Torotumbo entraría en la capital por la imulada algunas veces por nubes bajas y coloridas que fo iamante negro coronadas y de dormidas faldas de esmera a que se aproximaba a la ciudad, donde tendría culminac endo un baile de exorcismo para librar a los pueblos del gen que violó el Diablo y voló al cielo a quejarse con D es y los músicos los que se acercaban a la ciudad, sino to ldeas en marcha portando comestibles en bateas grandes y árboles sacudidos por las manos del viento dejando caer s nes. Los tunales en punta de espina y de noche las estrellas do a los que dormían para que siguieran bailando, conv en seres ondulantes, casi de agua cruda, con mudez de t imiento, avanzando al compás de una música que los pc arimbas, chirimías y troncos ahuecados con el sonido del tun, tun, del Torotumbo...

Pero también avanzaban con los bailarines, palomas y culebras, y pájaros que iban saltando al tun, tun del torotún del torotún... Otros llevaban loros, pericos, patos, chompipes gallos, gallinas, y otros, monitos blancos y ardillas, y otros, guacamayos brillantes, y todos, no sólo su andar, sus pies, sino sus perros, cientos, miles de perros de todas las aldeas andando con ellos, como sus pies, como sus pasos. Y con ellos, sus dichos, sus lenguas, sus juegos, pólvoras, gracejos, pantomimas, colas de zorras para latiguear al Diablo' y testuces de toros hasta desaparecer en el sueño, de toros torotumbos, de toros toronegros, de toros toroblancos.

Tamagás, acorralado en su casa, poco sabía de la grandiosidad con que la capital, llevando disfraces de militares, eclesiásticos y burgueses, se preparaba a recibir al Torotumbo. Los había de adelantados y frailes, virreyes y tenientes para ahorcar, jesuitas y arcabuceros, astrólogos y navegantes. Toda la catolicísima y muy noble y muy leal ciudad de los caballeros con sus caballeros y sus damas encorsetadas desde abajo de las islillas hasta el huesito, sus damiselas y sus infantes, sin faltar en el hormiguero de disfraces, togas, birretes y hopalandas, pelucas próceres junto a casacas de montonera y prefulgentes lilas obispales junto a desnudos torsos de piratas.

El alquilador de disfraces se la pasaba de su cuarto a la tapia del fondo gritando a Tizonelli. Le llamaba a todas horas para que le viniera a hacer compañía. Varias veces, tras el tic-tic-tic telegráfico de su párpado, quedó su ojo izquierdo vuelto hacia donde Carne Cruda se hamacaba colgado de la nuca. No se decidía, pero ya sólo le faltaba materializar su arrepentimiento, echarse de rodillas, como se había echado sobre la pobre Natividad Quintuche, allí mismo, como se había echado ante el confesor y como iba ahora caminando hacia los pies de su demonio, de rodillas, de rodillas.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Carne Cruda... por salvarme yo, por salvarme yo!

Y se agobió por tierra, rascando en el suelo las uñas carcarudas, bajo la muda carcajada de la máscara diabólica, fascinado por sus ojos verdes, verdefuego, con dos redondos huecos al centro, largos bucles rojos cayéndole de la cabeza, como fuego derretido en tirabuzones, las orejas relumbrantes de, papel de espejo, los cuernos amarillos, y los colmillos blancos, como rieles de los ferrocarriles de la luna.

—¡Hermoso! ¡Hermoso! ¡Hermoso...! —le adulaba, arrodillado, implorante—. ¡Tú me salvaste y yo te entregué! ¡Tú, demonio, me salvaste, y yo, hombre, te entregué! ¡Tú me guardabas y yo te traicioné! No, no fue ésa mi intención, Tizonelli... digo Carne Cruda —rió de su estúpida equivocación—, pues sabes, como demonio que eres, que mi intención al arrodillarme ante el Padre Berenice fue confesar mi delito, pero ya de rodillas, tú lo sabes mejor que yo, me corrió sudor de hielo por la espalda y en el desaliento no encontré más salida que acusarte a ti, mi amigo, mi amparo, mi sostén. Te traicioné, te traicioné, pero no ignoras, Carne, no ignoras que ya la traición es como nuestra propia vida, nuestra nueva manera de ser, y lo traicionamos todo, todo, nos traicionamos a nosotros mismos, la tierra donde nacimos, lo que somos, lo que aprendimos, y hasta lo que defendemos, ja, ja, ja...

—Don Estanislado... —se oyó el vozarrón de Tizonelli que sin duda se preparaba a saltar la tapia.

Se levantó de bajo la figura de Carne Cruda y sacudiéndose las rodillas fue a la sala a esperarlo.

—Don Estanislado, perdone que lo interrumpa, vengo con una gran imprudencia, necesito una recomendación de su merced para que me den o me vendan...

—¡Huy! ¡Huy!, ésa es palabra mayor... —respingó Tamagás, después de oír a Benujón acercársele a la oreja a soplarle la palabra «dinamita».

—Tengo a uno de mis hijos, con el trabajo parado, pues con esto de las fiestas no ha podido conseguir. Es ése mi muchacho que se dedica a sacar piedra en San Buenaventura.

—Pero yo no conozco a nadie...

—La recomendación es para un empleado de caminos que lo conoce a usted y que está dispuesto a suplirle a mi hijo unas cuantas candelas, si me hace el favor de darme una cartita.

—Bueno, si es así...

—¿Y para cuándo la quema secreta del señor Carne Cruda? —preguntó Tizonelli, sin mostrar mayor interés por seguir la conversación.

—Hoy debo verme con el Padre Berenice, que es el que lo está arreglando todo. Por de pronto ya mandó una hermosa mesa, sillones dorados y una tribuna o púlpito desde donde se propone amonestar al Diablo y arengar a los presentes que serán los miembros del Comité. Aquí se sentará el encapuchado Incógnito, en seguida, aquí en este otro sillón, Fracas...

—¿Quién es Fracas?

—Fracas es Fracas...

—No entiendo...

—Bueno, todo quieres que se te explique, y éstos son secretos, son secretos, Fracas, es el estudiante fracasado que integra el Comité. Después de Fracas, se sentará el Padre Berenice, aquí yo, aquí Teotimo, otro miembro del Comité, un abogado grasoso, dormilón y abúlico... luego los invitados, el señor Arzobispo, el Nuncio, el presidente Libereitor de la República...

—Antes que se le olvide, don Estanislado, mi recomendación para la dinamita, por eso vine...

—Te la voy a hacer, te la voy a hacer, déjame buscar recado de escribir en este cajón...

—Está usted muy nervioso —se acercó el calabrés a abrazarlo, al verlo ponerse de pie, con la recomendación escrita, soplándola para que secara la tinta.

—Sí, sí, desde hace días que no puedo dormir. No sé si es el viento que me gasta los nervios y que ha estado soplando muy fuerte estos días, y las preocupaciones que nunca faltan...

—Eso sí que está malo. Vaya por casa y se toma un poco de agua de cogollos de naranja bien cargada.

—Si, sí, por allá voy a recibir el favor. Toma la recomendación y saluda a tu hijo.

Los ronquidos del alquilador de disfraces, a quien los cogollos de naranja espesados con somnífero hicieron dormir casi seis horas, permitieron a Tizonelli colocar en la cabeza de Carne Cruda un cerebro llamado a estallar al contacto del fuego y a minar la casa con algunas candelas de dinamita.

Tamagás se despertó reposado, el párpado del ojo izquierdo le tecleaba menos y al sólo aparecer Tizonelli por su casa, le comunicó su bienestar y gusto por la vida.

—Si en lugar de café cargado para que no nos durmiéramos oyendo leer anónimos, nos hubieran servido cogollos de naranja en el Comité, no estaríamos en este estado de nervios, agotados todos, y es que no es para menos, tanta denuncia, tanta intriga, tanta suciedad, tanta mierda, perdóname la palabra.

—Ahora, lo que su merced me tiene que prometer, es no volver a ver a Carne Cruda.

—Supiste que me le arrodillé...

—¡Es el colmo, un miembro del Comité arrodillándose ante el comunismo...!

—No lo haré más. Con los cogollos de naranja y la gran dormida que me di veo las cosas de distinta manera, y comprendo que es preciso quemar a ese infame fantoche por lo que representa, el comunismo violador de nuestra pequeña india... —le saltó el párpado antes de arrastrar el ojo zurdo desnudo con todo y la cara angulosa hasta Tizonelli y susurrarle a la oreja—: Si quieres asistir al auto de fe buscamos un lugarcito para que te escondas y así te das el gusto de ver de cerca al Prelado, al presidente Libereitor, al señor Nuncio y a los miembros del Comité de quien nos burlamos, mejor dicho, te burlaste tú por el uso que hacías de las listas...

—De todas maneras, lo que su merced me tiene que prometer y cumplir es no acercarse de hoy en adelante a Carne Cruda, hasta el día de la ceremonia.

—¡Te lo juro por esta cruz! —en lugar de persignarse, se llevó la cruz a los labios y la besó pensando en el beso de Judas.

—Sí, porque si se le acerca, por vengarse de su merced, y burlarse del Padre Berenice y sus invitados, que sería como dejar con un palmo de narices a la Iglesia, al Papado, al Gobierno y al «Comité contra el Comunismo», se lo puede llevar con todo y trapos, y adiós ceremonios... —rió Tizonelli.

—Tienes toda la razón del mundo —frunció el ceño Tamagás—, en eso no había pensado, en que me puede llevar... —y sintió una rara cosquilla de timbre de alarma en la almorrana.

—Y como evitar no es cobardía, con no acercársele está arreglado...

—Ya te lo juré...

—Y para ayudarlo a cumplir su juramento y que no le entre la tentación de acercarse a Carne Cruda al sentirse solo, voy a venirme a estar con usted los días que faltan para la ceremonia.

—Mejor, porque así buscamos despacio un lugarcito para que te escondas...

—Y porque estando yo lo hago comer. Hace días que el portaviandas se va como viene...

—No me pasa bocado con ese maldito Diablo metido aquí en mi casa...

—Pero conmigo va a tomar sus alimentos, no vayan a creer al verlo trasijado que está

triste por el Diablo, y de noche no le faltarán sus cogollitos bien cargados para que duerma de un tirón, como ha estado durmiendo. Vale que nosotros por la tapia nos comunicamos secretamente, sin necesidad de salir a la calle.

SEIS

El Torotumbo hizo su entrada en la capital. Bandas, marimbas, sirenas, campanas, cohetería y ceremonias del encuentro, el saludo, la presentación y entrega de las llaves, entre los lengua de trapo de la ciudad, para quienes todo aquello no pasaba de ser una alegre fiesta de carnaval a destiempo, y los danzarines que llegaban en torrente de hombres de sangres comunicadas a través de ideas y sentimientos.

Al amparo de las ceremonias pasó la primera consigna a ocupar los lugares estratégicos señalados, de boca en boca de los bailarines de piel quemante de ortiga, alfanjes de maguey y lanzas de caña brava, escuadrones de guerreros vegetales que hacían reír a los capitalinos, seguidos en formación cerrada por danzarines de máscaras de tierra cocida, de corteza de coco, de piedra porosa más liviana que el agua, sus penachos de tres sangres, roja, verde, negra, y calzas de río de espejo que en su bailar parpadeante levantaban polvo de sueño bajo lluvia metálica de cascabeles dormidos.

Monótono, cercano, rotundo, percutía el corazón del Torotumbo en los cuatro ámbitos de la ciudad dorada al frío por el sol, compás de baile de guerra golpeando en una selva de árboles de troncos huecos los testuces de sus toros toropintos, de sus toros torozambos, de sus torostorotoros para sostener el avance de los bailarines que se apoderaban de los lugares señalados danzando con movimientos de sonámbulos despiertos bajo sus máscaras.

Instrumentos de fuego de madera, de fuego de metal, de fuego de cuero, de fuego de carey, de fuego de piedra quemábanle las manos a los que los tocaban como fuera del tiempo, ceniza de volcán hecha música en la que los bailarines del Torotumbo al danzar se iban volviendo pueblo con la geografía de lo profundo bajo sus plantas y la vida del cielo sobre sus hombros.

Pero el hombre que se vuelve pueblo ruge como el mar y ése era el rugido que se oía en el caracol de la ciudad y que no escuchaban las gentes vestidas de carnaval que bailaban danzas extranjeras, paseaban en automóviles adornados y carruajes de flamantes caballos, soltaban globos desde sus patios o con el horror del populacho se aposentaban en los balcones que daban a la calle a mostrar dentaduras postizas reidoras, satisfechos de la fiesta y de sus personas que al cambiar los tiempos habían pasado del privilegio pretérito al bienestar dineroro. Ninguna alteración del orden, todo a compás. Ningún indicio de lucha, todo juglar, brillante. Color de fruta, las bandas de mensajeros que en sustitución de los que se desplomaban de fatiga, ocupados los lugares estratégicos, correteaban de un punto a otro llevando la consigna de sembrar la confusión entre los que eran y no eran autoridades, en el momento en que aparecieron en los lugares más visibles de la ciudad jefes militares, policías, magistrados, religiosos, forenses disfrazados en forma tan perfecta que se les pudiera tomar por auténticos, dudando de los que en verdad llenaban dichas funciones sólo porque tenían el vestido.

Un torrente de enmascarados arrancó de su casa a Tizonelli, asalto y captura que el italiano, sorprendido por las voces, las risas, los pitos, y matracas, tuvo por broma hasta que se vio fuera de su casa conducido casi en vilo a un jeep que arrancó velozmente. Por las cortinillas de lona que el viento levantaba trató de orientarse hacia donde lo llevaban, pero no le fue posible fijar la ruta viendo pasar retazos de edificios, árboles, postes, máxime que sus acompañantes, sin dejar de moverse, le mareaban con sus risas, chillidos y palabras ahogadas por las máscaras. La música de Torotumbo se oía cada vez más lejos, indicio de que se iban alejando de la ciudad a todo lo que daba aquella masa sólida, compacta, lanzada por calles empedradas. *Perduto* se dijo con el aliento, prendido a alguno de los helados fierros del respaldo, apretados los dientes para no morderse la lengua en uno de los tantos saltos mortales del vehículo, y como si no le fuera bastante alentarlo, se lo respiró encima, *perduto*, cuando uno de los enmascarados dio a entender que lo llevaban a donde el jefe. En un país con más cuerpos de Policía que dedos en las manos, desde el infantil hasta el de los jaguares que cazaba campesinos a dentelladas de perro, no cabía duda que lo conducían ante alguno de los

muchos verdugos policiales. Se puso un cigarrillo en los labios, aprovechando que el jeep estabilizaba su marcha sobre un camino en cuesta, pero, lejos de serenarse, el humo le radiografió las más negras sospechas en el cielo de la boca, regándole como sombra de sabor amargo, el pensamiento de que se hubiera descubierto el atentado. *Perduto*, no por él, qué importancia tenía un hombre más o menos en un mundo en que todos estaban jugando a la desesperada, sino por el trabajo realizado para hacer volar la casa del alquilador de disfraces. Desechó la idea, de haber descubierto algo iría esposado y lo habrían registrado al capturarlo, consolándose con la creencia de que lo llevaban para interrogarlo sobre lo de las listas de denuncias de comunistas o sospechosos de ideas rojas que le pasó Tamagás. Brevemente sopesó sus posibilidades de hombre duro para soportar cualquier tormento, ya que con aquella gente interrogar y atormentar eran sinónimos. Todo; menos confesar, y prueba de que desafiaría cualquier tortura, era la indiferencia y hasta aparente jovialidad con que acompañaba a los enmascarados, riendo con ellos, para defender con los dientes, a mordidas de risa, lo que con tanto trabajo e ilusión puso en la cabeza de Carne Cruda, una bomba de fabricación casera que inflamada por el fuego purificador del Padre Berenice estallaría con tal violencia que volaría con el demonio y al demonio su Ilustrísima, palidísima, flaquísima, el presidente Libereitor, el frinifrique papal, Fracas, el estudiante, Tamagás, el licenciado abúlico y grasoso, el propio Berenice, el Milico Chacal y el incógnito yanqui, el del capuchón y el silencio, ayudante de aquel embajador norteamericano que fue carcelero en Nuremberg. Y por si Carne Cruda se portaba mal y no acababa con ellos, la conmoción del estallido haría despertar de su sueño la nitroglicerina enterrada en los cimientos de la casa que iba a volar en pedazos con todo y todo y tan eminentes personajes. ¡Ah, pero no iba a estallar ni a volar nada...! *Perduto...! Perduto...!* después de capturarlo deben de haber desmontado aquellas máquinas infernales que con peligro de su vida colocó aprovechando los largos sueños de Tamagás, sometido a la acción de los cogollos de naranja con somnífero. Sólo pensarlo era horrible. No se presentaría otra vez la oportunidad de tener reunidos a los Comité, al Arzobispo, al presidente y al Nuncio. Se le secó la boca, los dientes pesados como tornillos que se le iban saliendo y que no podía volver adentro con el destornillador de la lengua, y un sudor tiritante, helado, casi de mortaja, le empapó en medio del día bochornoso. No sólo la desgracia de que el atentado hubiera sido descubierto, sino las consecuencias: perseguirían a los suyos, arrancarían la hortaliza, quemarían su casa, aunque esto era lo que menos le importaba desde que le decomisaron lo único de valor que tenía, la blusa de voluntario garibaldino que fue de su abuelo, prenda roja que lo condujo a la más ciega mazmorra de la penitenciaría, cuando lo capturaron la vez pasada por denuncia hecha ante el Comité, y prenda que también le valió la libertad al comprobarse que era un recuerdo de familia y no un regalo de Moscú. A él lo soltaron, pero la blusa no volvió. Marchaban hacia el Sur, hacia el mar, hacia el puerto. Lo echarían en el primer barco que pasara o, menos deportados y más desaparecidos, se lo echarían a los tiburones. Por eso iban enmascarados. Por eso esperaron para capturarlo a que estuviera solo en su casa. Su mujer y su hija se habían ido a pasar el día adonde el mayor de sus hijos. Lo que le costó que se fueran, sin que se dieran cuenta que él las sacaba, antes que el techo de la casa se les fuera a desplomar encima con la explosión. El jeep viró casi en ángulo recto, al apartarse de la carretera troncal, por un camino de tierra zigzagueante y pedregoso, saltando más que rodando sobre tarascadas de llantas sólidas, que, si no devoraban como los tiburones, molían en tal forma que cuando se llegaba a destino, difícilmente se encontraban los movimientos de las piernas y la cintura. Lo bajaron frente a un corredor, en un amplio patio, y se oyó taconear militarmente al que se adelantó por una puerta al interior de una habitación, en la que desde el umbral, donde él se detuvo con los otros, no se lograba ver nada de lo que ocurría adentro, tanta era afuera la luminosidad del día de diamante. Lo pasaron. Avanzó algunos pasos por un salón desnudo de muebles, especie de granero, las maderas de las ventanas cerradas sangrando luz por las rendijas, y a no creer lo que veía, a manotear frente a sus ojos para disipar lo que se le antojó un sueño. Sin careta ni disfraz, le esperaba en actitud de jefe, uno de los que él salvó de caer en manos de la Policía,

valiéndose de las listas de Tamagás. Y todos, la mayoría al menos de los que le rodeaban, habían escapado de la cárcel, y quién sabe de qué torturas, por el camino de las preciosas listas.

El jefe cortó efusiones y abrazos para decir al calabrés:

—Señor Tizonelli, le hemos hecho venir...

—Y venía que no me llegaba la camisa al cuerpo...

—Fue una pesadería no sé por qué no se dieron a reconocer los muchachos.

—Pero ya estoy aquí, ¿de qué se trata...?

—De pedirle su ayuda. Nuestros efectivos disfrazados de bailarines ocupan ya los puntos claves que se les señalaron y vamos a dar el asalto; pero a última hora hemos sido informados por nuestros servicios especiales que se van a reunir en casa del alquilador de disfraces, los miembros del Comité, el Arzobispo, el presidente, el Nuncio y necesitamos capturarlos.

—¿Capturarlos?

—Sí, capturarlos —repitió el jefe, entre mordaz y enérgico, tomando la extrañeza de Tizonelli por cobardía o simple no querer mezclarse en un asunto de peces tan gordos—. Si logramos la captura de esas personas, señor Tizonelli —trató de convencerlo—, se ahorrará mucha sangre, muchos sufrimientos, menos vidas sacrificadas, y como usted es vecino de Tamagás y tiene acceso a su casa, sin despertar sospechas...

—A recoger sus pedazos me tienen que ayudar ustedes... ¡Qué capturar! —precipitó Tizonelli sus palabras, al fin encontraba a quién gritarle el secreto.

—No entiendo... —exclamó el jefe, cuyo cigarrillo al encenderse y apagarse en sus labios, era corno un tercer ojo sobre la cara blanca del italiano.

—¡Sí, sí, a recoger los pedazos, si algo queda de ellos, que creo que no va a quedar nada!

El jefe se retiró el cigarrillo de los labios y tragó saliva, antes de hablar. Todos seguían en palpitante silencio la escena, respirando corto y palpitando largo ante la tremenda revelación del calabrés.

—Explíquese, señor Tizonelli, es muy grave lo que usted nos da a entender...

Benujón sacó el pecho y con la cara levantada informó de las máquinas infernales montadas en la cabeza de Carne Cruda y bajo la casa de Tamagás. Oportunidad única. Al quemar al Diablo en el fuego purificador, se inflamará su cerebro, bombazo que hará saltar la casa, pues la dinamita es una tía tan delicada...

—Siempre necesitaremos de su ayuda para capturarlos —cortó el jefe— porque esas máquinas de muerte las vamos a desmontar en seguida.

—*¡Má,* no entiendo lo que dice!

—¡Así como lo oye, desmontarlas!

—¡Cómo desmontarlas, echar a perder mi trabajo y desperdiciar la ocasión de que estén todos juntos!

—¡No perdamos tiempo!

—¡Pero si van a estar el presidente, el Arzobispo, el Nuncio y los del Comité, toda gente de primerísima...!

—¡Hay que capturarlos!

—¿Capturarlos para qué, si se puede salir de ellos ahora, ahora mismo?

—¡No se discuten las órdenes! Con esas explosiones lo único que haremos es alarmar a los cuarteles y todo se habrá perdido. Van a masacrar a nuestros bailarines... Por esas vidas, señor Tizonelli, hay jóvenes, mujeres, muchos de los que aparentemente están bailando no tienen veinte años. Por ellos se lo pido...

—Vamos... —bajó la cabeza Tizonelli, después de un breve silencio—, pero temo que no lleguemos a tiempo, cuando yo salí de casa del alquilador de disfraces, antes de que me capturaran estos amigos, ya estaban llegando los invitados.

—En todo caso daremos la orden de empezar el ataque, si ocurre la explosión.

Volvieron a la capital devorando camino, no en el jeep, sino en un automóvil adornado, como para un paseo de carnaval. La orden era evitar el atentado y capturar vivos a los del

Comité y a los invitados.

Tizonelli no se daba por vencido y se decía: No comprendo a estos revolucionarios que quieren al enemigo vivo, no muerto, vivo, y que prefieren la justicia a la venganza... *rivolucioni diportivi*, vencer en buena lid, caballerosamente, ja, ja... *rivolucioni diportivi...!*

Por la carretera se desplazaron a toda velocidad, las rutas de acceso a la capital estaban casi desiertas, como en los días de fiesta, pero en llegando a la ciudad hubo que reducir el empuje y no tardaron en quedar atrapados en una esquina, al paso de los bailarines, enhiestos, osados, castigantes, que se dirigían a la Plaza de Armas bailando el Torotumbo, al compás de tunes y tambores, bajo lluvias torrenciales de confeti, serpentinas, serrines de colores, entre cordones interminables de cientos, de miles de cabezas y pechos de personas alineadas en las aceras, cauces humanos que hervían en aplausos, en gritos, en espuma de gana de seguirlos al contagio del ritmo belicoso, mares que al crecer aumentaba la ágil desproporción entre los pies de los bailarines, tobillos de colibrí, y la multitud que se movía con ellos, como un toro sobre sus pezuñas.

Rivolucioni diportivi!, se repetía Tizonelli, incesantemente, *ma che* ¡el enemigo vivo... el enemigo muerto!, balanceaba la cabeza, el enemigo vivo es peligroso, el enemigo muerto es perfecto, y petrificaba su protesta en la inmovilidad más rencorosa junto al agitarse de sus acompañantes que molían con espaldas y fondillos, en sus asientos y respaldos, su desesperación por llegar antes que se produjeran las explosiones en casa del alquilador de disfraces, a sabiendas de que eso era imposible si seguían bloqueados entre la muchedumbre y los bailarines que aparecían por todos lados, igual que burbujas de agua azul, de agua verde, de agua roja, de agua amarilla, danzando al compás de tambores gigantes fabricados con cueros de toros de lidia, toros-tambores que lanzaban relámpagos hacia delante, truenos hacia atrás y lluvia con sonido de sangre a los costados, toros-tambores de piel de plata robado a las curtiembres de la luna, donde amontonábanse en manchas y sombras, la crin y la pelambre de las reses muertas.

Dos, tres veces, el que los comandaba, sentado al lado del chófer, se llevó la mano a la muñeca, después de consultar la hora, apretándola contra el reloj, como para detener el tiempo que se le iba por entre los dedos, se le iba, se le iba, pulso en sus venas, marcha de insecto en el instantero, cuero y madera de los tambores y los tunes, troncos de árboles huecos vibrando, como *huesos* de razas vegetales vaciados de sus medulas y sonoros por la ausencia de lo que volvía a estar presente al compás del Torotumbo.

El automóvil seguía en el mismo lugar, con Tizonelli petrificado, *rivolucioni diportivi!, y sus* acompañantes moviéndose, cada vez más inquietos, menos controlados, lo que no dejaba de ser peligroso, pues no faltarían espiones entre el público que al observarlos, presas de aquella nerviosidad, los seguirían para inquirir la causa. Las cabezas atrás para ver por la ventanilla de la capota si había esperanza de que pasara aquel mar de gente, las cabezas adelante entresacando los ojos por el parabrisas, con un ligero quiebre de nuca al agacharse a mirar a los bailarines, las caras a las ventanillas, juntas las piernas, separadas las piernas, un pie sobre otro, un pie lejos del otro, las manos prensadas entre las rodillas y la exasperación, las uñas en los dientes, las uñas en las uñas, las uñas en el pecho, rascándose del lado del corazón que en momentos de angustia come como una vieja cicatriz.

Por fin acabaron de pasar los bailarines y el automóvil se puso en marcha tratando de abrirse camino a bocinazo limpio entre la masa humana que abandonaba la calle compacta, pegajosa, con hedor de manteca caliente, pero avanzaba tan despacio que los acompañantes de Tizonelli, desesperados por llegar, se salían de los asientos, como si adelantándose ellos, el vehículo fuera a ir más veloz, cuando pasaba lo contrario, poco a poco *se* había ido quedando inmóvil, detenido por avalanchas de gente que acabó por cubrirlo, asalto de comparsas que subían a los estribos para rodar, imaginariamente, porque no pasaban del mismo sitio, cortinas humanas que de lado y lado les robaban el espectáculo de juglares tiznados con hollín, tarascas, toreros, payasos, gigantes, todo el tren de carnaval de la ciudad acompañando a los bailarines toronegros, torozambos, toroprietos, toropintos, torostorostorostoros que

machacaban el suelo como si quisieran hendir la tierra, atravesarla y en su antípoda encontrarse todavía bailando el Torotumbo.

¿Llegarían o no llegarían...?, se preguntaban a cada momento el calabrés y sus acoquinados acompañantes. Las mismas palabras eran para Tizonelli inquietante querer adivinar, interrogándose, si habían concurrido o no a casa de Tamagás, los invitados del Padre Berenice, si habían llegado o no el Arzobispo, el presidente Libereitor, el Nuncio, y para sus compañeros duda de si al paso en que iban llegarían a tiempo para evitar las explosiones y capturarlos vivos, lo único que se esperaba para dar la orden de asalto a los cuarteles, telégrafo, correos y palacio, ya todo estratégicamente rodeado por los bailarines, al compás del Torotumbo. ¿Llegarían o no llegarían... los invitados? ¿Llegarían o no llegarían a tiempo de evitar el estallido de la bomba en la cabeza de Carne Cruda y la dinamita bajo la casa del alquilador de disfraces?

¿Pero no era ya la catástrofe aquel avanzar por metros a costa de largas esperas...? Dieron la voz de abandonar el automóvil y seguir a pie por entre aquella muchedumbre de angustioso color de agua sin fondo. Accionaron los picaportes de las portezuelas, prestos a salir, las comparsas que seguían en los estribos, saltaron para darles paso, pero en ese momento logró escurrirse el automóvil hacia una callejuela lodosa por el rebalse de una pila de lavaderos públicos. Trataban de ganar la 12 Avenida, estaría más despejada, y seguir hacia el Norte a toda máquina. ¿Llegarían o no llegarían los invitados...? ¿Llegarían o no llegarían ellos a tiempo...?

En la 12 Avenida no era tanto el movimiento de bailarines y comparsas, cuanto de hombres, mujeres y niños que se desplazaban por las aceras y por en medio de la calle, ansiosos de ganar alguna esquina para ver pasar el Torotumbo.

El automóvil sorteaba a los peatones. El sol de media tarde se regaba oblicuo y majestuoso.

—¡Ya el Padre Berenice —se dijo Tizonelli— estará al final de su filípica contra el comunismo, representado por Carne Cruda, violador de la Patria, en el cuerpo de Natividad Quintuche, una indiecita... ya en el patio de Tamagás, donde se amontonó gran cantidad de leña, arderá el fuego purificador... y ya de un momento a otro sacarán al Diablo para arrojarlo a la hoguera!

Cerró los ojos aterrorizado de sólo imaginar lo que ocurriría si echaran a Carne Cruda en el fuego, pero no pudo apartarse de su visión y aleteantes las narices, duros los dedos en las manos empuñadas que pesaban como martillos sobre sus rodillas, siguió imaginando con los ojos cerrados, mientras rodaba el automóvil, a los miembros del «Comité de Defensa contra el Comunismo», corno hormigas que se acercaban a la hoguera con un escorpión de sangre a cuestas. Se representó a Tamagás, al Padre Berenice, a Fracas, a Teotimo, al Milico Chacal, al yanqui del capuchón, a los dos invitados de sendas lilas arzobispales y al entorchado fantoche presidencial, triste, intestinal, con las pestañas largas y las ojeras del árbol en que se ahorcó Judas. Pero no pudo retener sus pupilas y en el instante en que vio o creyó ver que iban a entregar a las llamas al enorme Carne Cruda, muñeco de cuernos amarillos, ojos verdes y dientes blancos como los rieles de los ferrocarriles de la luna, alzó los párpados ateronados de cansancio y encontróse a sus acompañantes satisfechos de estar a pocas cuadras de la casa del alquilador de disfraces, planeando el asalto por la tapia que daba a la hortaliza, ya que eran pocos y debían operar por sorpresa.

Sin haberse escondido tras el lienzo agujereado de un Cristo, lugar que le preparó Tamagás, no sólo para que no lo vieran, por aquello de que estarían ojo al Cristo y no ojo al ojo del escondido, sino para librar de maleficio a su buen amigo y cómplice de tantas cosas —la violación, las copias de las listas de evadidos, su culto al Demonio—, Tizonelli había seguido desde el automóvil el auto de fe, lejos de pensar que lo que imaginaba estuviera pasando. Abrió los ojos momentos antes de que Carne Cruda fuera entregado a las llamas y momentos después, al pasar frente a la plazuela del templo de Santo Domingo, una violenta sacudida conmovió el automóvil de abajo arriba, la carrocería, los cristales, el aire, todo tronó,

y a la distancia, frente a ellos, siempre hacia el Norte, se vio subir por el azul que el fulgor, el estampido y los sucesivos ecos de la deflagración hicieron más profundo, la lengua de la tierra que se pegaba al cielo, polvo y humo confundidos en un pelotón de fuego que fusilaba ángeles. A Tizonelli se le fue la carne en pedazos de angustia contra la ropa, como si a él también le hubiera alcanzado la explosión... si por su culpa fracasara el golpe que preparaba el pueblo... si no se pudiera dar el asalto y masacraran a los bailarines... si el atentado se hubiera frustrado... ¡si... si... si... todo ganado o perdido...! todo... todo... El automóvil apretó la marcha, pero a la voz de alguien que propuso volver atrás —para qué seguían si ya no iban a capturar a nadie—, reaccionó el desmoronado Tizonelli: era necesario saber si habían llegado las eminencias invitadas y si quedaba algo de sus personas y de los disfraces en que iban envueltas. Distante, monótono, profundo, se escuchaba, destilado en el silencio que sobrevino a la explosión, el eco del Torotumbo, como si golpearan contra casas abandonadas, casas huecas, cascarones de casas, sus testuces, los toros toronegros, los toros torobravos, los toros torotumbos, los torostorostoros... del baile que seguía al centro y sur de la ciudad, llameante de crepúsculo y de algo parecido a los fuegos artificiales, bien que la detonación se oyera más seca, crocante, en dirección a las bases aéreas.

Frente al teatro Colón, el automóvil empezó a marchar al paso, detenido por la gente que huía del lugar de la catástrofe, asomaba por todos lados, por todas las esquinas, brotaba del suelo, llovía del aire, el pelo en flecos, la ropa en desorden, la cara descompuesta, pies y manos agitados como jirones de sus ímpetus y harapos de su miedo... salvarse... salvarse... muchedumbre que el automóvil hendía hasta parecer una balsa entre los brazos de un inmenso río humano... salvarse... salvarse...

—¡Por allí...! ¡Por allí...! —era lo único que en su fuga alcanzaban a articular... salvarse... salvarse...

—¡Por allí...! ¡Por allí, por la casa del alquilador de disfraces... sí... sí... por allí, por allí! Y al encuentro de éstos que huían fragmentando el monólogo de su asfixia. —¡Sí... sí... hay muchos muertos, muchos muertos! —venían a la desesperada los que trataban de acercarse fuera como fuera al lugar de la explosión, curiosos los más, sin faltar pícaros aprovechados ni parientes de personas que habitaban por ese rumbo y corrían enloquecidas a prestar auxilio a sus familias. Choques, empellones, golpes, machucaduras, ropas desgarradas, prendas perdidas y ayes de los que se lamentaban en el suelo sin hallar misericordia, pisoteados al caer, arrastrados en seguida, muertos si no se levantaban por sus propios medios. Nadie sabía lo que pasaba. Huían unos. Acudían otros. El automóvil fue abandonado en medio de un remolino de cuerpos y cabezas y sus ocupantes, pugnando por llegar al sitio de la catástrofe, empezaron a luchar a brazo partido contra las avalanchas humanas que les cortaban el paso por calles de puertas cerradas, largas como ataúdes. Por momentos se enrarecía la columna de tránsfugas, claros por los que precipitábanse Tizonelli y los que de sus acompañantes le seguían. Había que aprovechar a la carrera, al trote, a paso largo aquellos espacios que desaparecieron al asomar las olas de vecinos que habitaban cerca de la casa de Tamagás. Alcanzaron a salir con lo que tenían puesto, después de la explosión que derrumbó sobre ellos paredes y techos, y avanzaban sin saber cómo, desorientados, gesticulantes, buscándole relación al estar vivos sin sus cosas, cuando otros habían logrado salvar utensilios, alhajeros, juguetes, jaulas, loros, perros, gatos, gallinas...

Tizonelli inquiría a diestra y siniestra quiénes eran los muertos, pero a gente que la explosión golpeó, conmovió, sacudió, no le importaba quiénes eran los muertos, bastándoles con saber que no eran ellos, friolentos, animalizados, vivos en sus trapos, sin volver la cabeza temerosos de que se les presentaran los techos de sus casas derrumbándose entre el silencio de los que ya no lograron salir y los gritos de los heridos.

Se estaba dando el asalto. Se escuchaba el cañoneo y la fusilería al centro y sur de la ciudad que empinaba sus casas para no quedar sumida en la sombra de sus calles apagadas, mientras hubiera luz en el cielo de peltre nocturno, nubes carbonosas disgregándose al paso de los reflectores y aves fugitivas. A Tizonelli se le extraviaron sus compañeros. Su meta seguía

siendo la casa del alquilador de disfraces. Pero cómo avanzar entre la multitud, la confusión, el estruendo. Avanzaba y lo retrocedían. Demudado, con una tela de llanto caliente sobre las pupilas de plomo, empezó a temer que no hubieran llegado los invitados. De haber volado con la casa del alquilador de disfraces no se estaría dando aquella batalla. ¿Por qué no le oían? ¿Por qué pasaban sin responderle? Tenía la llave del triunfo y no le escuchaban. Dejarían de resistir las bases y cuarteles que estaban resistiendo, pero que le oyeran, que le oyeran. De balde se empinaba y de balde gritaba. Había que saber si llegaron los invitados. Redujo sus pretensiones de hacerse oír de la multitud. Se orilló en una puerta a tomar aliento. Otras personas se detenían junto a él. Sintió los bultos y preguntó al tanteo: —Dígame, señora, ¿no sabe si llegó Monseñor...? —Joven, ¿no sabe usted si llegó el Nuncio...? —¿El señor me podría decir si el presidente estaba en casa del alquilador de disfraces...? No le veían, pero escabullíanse del refugio de la puerta, temerosos de haber dado con un loco. Y sí que tenía cara de loco, pálido, blanco, huesudo, el cabello alborotado bajo la gorra, los pantalones bombachos, los zapatos de suelas dobles, la camisa abierta mostrando la pelambre arenosa del pecho y la como risa de hielo preguntando si habían llegado los invitados. Alguien le tiró del brazo, por poco le arranca la manga del saco de jerga, y le preguntó qué fiesta tenía y quiénes eran sus invitados... —Mi fiesta —parpadeó Tizonelli—, la quema de Carne Cruda y mis invitados el señor Arzobispo, el señor Nuncio, el señor presidente y un incógnito yanqui con su capuchón... El 'que le tenía de la manga, le soltó, pero ya cuando se le había ido de la mano y perdido en la noche, se dio cuenta que no estaba tan loco. Alguien pasó contando y pronto corrió la voz que en casa del alquilador de disfraces se hallaban entre los escombros los cuerpos de unos que se habían disfrazado de arzobispos y el de un fulano que en su afán de que no faltara detalle a su disfraz de presidente de la República hasta la banda azul y blanco tenía cruzada en el pecho.

Pero a la turba que el pavor empujaba a ponerse a salvo, sucedió el paso de los que ya sin bailar seguían adelante al ritmo del Torotumbo en la conquista de las posiciones que tenían señaladas y la voz de Tizonelli que anunciaba que no eran disfrazados los que habían muerto en el siniestro. La noticia quebró la resistencia. Los agentes de Policía se arrancaban los uniformes y los dejaban botados como disfraces. Por la 12 Avenida avanzó un tanque, disparaba en las esquinas, las calles iban quedando desiertas, acercóse, entre el temblor de las casas que trepidaban a su paso, hasta el lugar del atentado, enfocó un reflector sobre los escombros, lo apagó al chocar su luz con los despojos de los que en verdad parecían disfrazados, silenció sus fuegos y desapareció. Más tarde se le vio en las cercanías de la Comandancia de Armas, abandonado junto a los uniformes que los hombres que lo tripularon alcanzaron a quitarse y a dejar tirados en la calle, como otros tantos disfraces. Ecos de morteros. Algún retumbo de artillería. La noche titilante. Y los gritos de Tizonelli: —¡No eran disfrazados, eran ellos...! ¡No eran disfrazados, eran ellos...! ¡Yo puse la bomba en la cabeza del Diablo...! ¡Yo puse la dinamita a los pies de Tamagás...!

El pueblo subía a la conquista de las montañas, de sus montañas, al compás del Torotumbo. En la cabeza, las plumas que el huracán no domó. En los pies, las calzas que el terremoto no gastó. En sus ojos, ya no la sombra de la noche, sino la luz del nuevo día. Y a sus espaldas, prietas y desnudas, un manto de sudor de siglos. Su andar de piedra, de raíz de árbol, de torrente de agua, dejaba atrás, como basura, todos los disfraces con que se vistió la ciudad para engañarlo. El pueblo ascendía hacia sus montañas bajo banderas de plumas azules de quetzal bailando el Torotumbo.

«Shangri-lá», El Tigre, verano de 1955.